

*No podía permitir  
que él se convirtiera en...*

LA ÚLTIMA

**Tentación**

KELLY DREAMS



*Serie Entre Sábanas 3*

*No podía permitir  
que él se convirtiera en...*

# LA ÚLTIMA **Tentación**

KELLY DREAMS



*Serie Entre Sábanas 3*

LA ÚLTIMA Tentación  
(*Serie Entre sábanas 3*)

Kelly Dreams

# **COPYRIGHT**

## **LA ÚLTIMA TENTACIÓN**

*Serie Entre Sábanas 3*

1ª Edición Ebook 2014

© Kelly Dreams 2014

IMAGEN PORTADA: © Lvnel /Fotolia

DISEÑO PORTADA: KD Editions

MAQUETACIÓN Y DISEÑO: KD Editions

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

## **NOTA DE LA AUTORA**

Un papel en blanco siempre resulta un reto para cualquier autor.

Dar vida a los personajes, crear el escenario adecuado, documentarte y encontrar las palabras adecuadas para dar forma a las escenas y aportar esos “*polvos mágicos*” que hacen que una historia funcione conlleva un largo proceso que solo culmina cuando has puesto el último punto a tu obra.

Por ello, es realmente lamentable que todo ese esfuerzo a menudo se vea empañado por terceros que se alimentan del trabajo de los escritores, que se llevan una gloria inmerecida por el simple hecho de coger algo que NO es suyo y distribuirlo de manera ilegal en la red vulnerando nuestros derechos.

Antes de piratear un libro, siéntate delante del ordenador, coge una libreta y un bolígrafo e intenta escribir algo. Quizá entonces llegues a comprender lo que cuesta que una historia como esta y muchas otras vean la luz de la mano de aquellos escritores a los que sigues.

## **DI NO A LA PIRATERÍA**

## **DEDICATORIA**

Con esta entrega pongo punto y final a la serie Entre Sábanas, espero que hayáis disfrutado tanto como yo de las aventuras y desventuras de Connor e Iona.

Mil gracias por acompañarme una vez más en este viaje y permitirme acercaros un poco más el fruto de mi pasión.

*Kelly Dreams*

## **ARGUMENTO**

Cuando Iona decidió regresar a los Estados Unidos para retomar su vida y huir de toda aquella locura, no contó con el hecho de que ya no era la misma mujer que se había marchado semanas atrás y todo se lo debía a ese maldito escocés.

Connor no estaba acostumbrado a ir tras una mujer, ni que esta fuera su díscola y cabezota esposa por un azar del destino. Cruzar el atlántico para recuperarla parecía un buen plan, siempre y cuando ella aceptase esta vez sus términos y no saliese corriendo de nuevo.

Ninguno podría resistir eternamente, antes o después sucumbirían a la última tentación.

# ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

## PRÓLOGO

Iona se recostó contra el respaldo del asiento y observó las nubes a través de la ventana. Estaba de camino a casa, a NY. La sensación de nerviosismo que había tenido durante las últimas horas desapareció al subir al avión, aunque más bien debería decir que había cambiado a una de irritante irrealidad.

Connor Macleod, el hombre que conoció en un pub en Escocia era el mismo con el que su familia la había comprometido. De marido inoportuno a prometido no deseado. Las complicaciones no hacían más que sumarse una encima de otra y todavía no terminaba de solucionar la primera de ellas.

Cerró los ojos y suspiró. Tenía que hablar con Josh, recoger sus cosas si él no las había lanzado a la basura y empezar a buscar algún lugar en el que poder quedarse. Quizá pudiese almacenar las pertenencias en la trastienda del local que regentaba; una pequeña tienda de decoración en Lexington Ave. Incluso podría dormir allí mientras buscaba algún lugar para alquilar.

—Mi vida se ha ido a la mierda en menos de una semana —musitó al tiempo que se llevaba la mano al puente de la nariz y apretaba suavemente. El sonido de los motores del avión no hacía más que aumentar el dolor de cabeza causado por todas esas preocupaciones.

No podía engañarse a sí misma pensando que aquella ruptura fuese algo repentino. Connor no tenía nada que ver. Si era sincera consigo misma, esa relación llevaba tiempo estancada, se había convertido en una cómoda rutina a la que terminó acomodándose y que en realidad no se dirigía a ningún sitio; no avanzaba.

No amaba a Josh. La realidad era tan sencilla como esa admisión. Y el saberlo no la ayudaba a sentirse mejor, ¿por qué no se había percatado de ello? ¿Habría llegado a hacerlo en algún momento de no aparecer Connor

en su camino?

Connor, siempre Connor. No podía quitárselo de la cabeza, su cuerpo todavía temblaba ante el recuerdo del interludio compartido, si cerraba los ojos y se concentraba podía sentir los labios masculinos sobre los propios, las manos recorriéndole el cuerpo, la boca en su...

—Estúpida, estúpida, estúpida —rezongó en voz baja. Era una suerte que su compañero de asiento estuviese roncando plácidamente, puesto que no había dejado de parlotear desde que salieron del aeropuerto de Glasgow.

Corre tan lejos como puedas. Huye. Aquel parecía haberse convertido en su nuevo mantra, uno que no dudaba en poner en práctica a la mínima oportunidad. En el viaje de regreso desde Dunvegan a casa de sus padres había batido todos los récords de velocidad, condujo como si la persiguiese el diablo solo para detenerse el tiempo suficiente para hacer las maletas y reservar el primer vuelo que encontró para los Estados Unidos desde Glasgow. Su madre había revoloteado alrededor cual colibrí intentando sonsacarle el resultado de la excursión mientras que su padre se limitó a mirarla como si en las horas que había estado fuera le hubiese nacido otra cabeza; a juzgar por la locura que se apoderaba de ella cada vez que tenía a ese hombre cerca, no le sorprendería lo más mínimo.

No debió regresar a casa, tendría que haber ignorado por completo la locura orquestada por su madre y quedarse en NY, eso habría impedido que cometiese el error más grande de toda su vida; emborracharse de nuevo, follar con un completo desconocido, casarse con él con unos peces como invitados al evento y descubrir que su no legal marido era el hombre con el que los teje manejes de su madre la habían comprometido. Si no hubiese viajado a Escocia en primer lugar, no estaría ahora mismo huyendo como alma que lleva el diablo de Connor Macleod.

## CAPÍTULO 1

Connor se tenía a sí mismo por un hombre equilibrado, o al menos así era hasta que esa maldita mujer se cruzó en su camino. Iona Mckinnon lo había revuelto todo, descolocó cada uno de sus bien trazados planes en una sola noche para terminar por rematarlo la tarde anterior dejándole de nuevo con un palmo de narices. A esa mujer se le daba de vicio mantenerlo en jaque y tenía que admitir que eso le gustaba lo suficiente como para que decidiese hacerle una visita a sus «suegros».

Bien, situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas. Por suerte había solicitado las vacaciones a primeros de año para esas fechas, así que a partir de la próxima semana dispondría del tiempo necesario para hacer lo que un hombre como él tenía que hacer.

—...qué bonita casualidad que os conocieseis entonces —Las palabras de Catriona Mackinnon penetraron en su mente trayéndolo de nuevo al presente—. Siempre he dicho que el destino tiene su propia manera de hacer las cosas...

Correspondió a la luminosa sonrisa de la mujer cuando esta depositó ante él una humeante taza de café. Alec Mackinnon, de quien su fugitiva «esposa» heredó los ojos color miel, lo observaba con curiosa calma desde el otro lado de la mesa. El hombre lo había recibido con la típica hospitalidad de la isla, si bien él se mostraba mucho más reservado y atento de lo que su señora esposa, quien nada más oír su apellido lo arrastró hasta la mesa en la que ahora contertuliana mientras se lamentaba de la desafortunada y «repentina» ausencia de su hija.

—Imagino que debió ser una enorme sorpresa cuando volvisteis a veros —aseguró con una dulce sonrisa—, ¿no fue así?

Si ella supiera, pensó con ironía.

—Sí, sorpresa puede que se ajuste bastante a la reacción... de ambos —convino con educación—. No deja de resultar una curiosa casualidad el que nos conociésemos de antes.

Alec dejó escapar un bajo gruñido típicamente escocés.

—Una casualidad de lo más inquietante —comentó al tiempo que sonreía ahora a su esposa; Catriona no disimuló su intento de fulminarlo con la mirada—, puesto que mi hija no tenía la menor idea de quien era su prometido cuando fue a entrevistarse... contigo a Dunvegan.

Una acusación directa y sin sutilezas. La mirada franca y directa se posó sobre él cuando su mujer se excusó para ir a la cocina en busca del bizcocho que había estado horneando, los ojos color miel buscaban respuestas. Bueno, no era el único, pensó correspondiendo a la intensa mirada sin apartar la suya.

—Mi situación no dista mucho de la de Iona, ya que mi señor padre orquestó todo este asunto del compromiso a mis espaldas —confesó. No tenía sentido inventarse algo cuando la verdad era tan clara—. La única diferencia está en que su mujer envió una fotografía de mi supuesta prometida. Fue una verdadera sorpresa reconocer en esta a la misma mujer con la que cenara la semana anterior en Portree.

Alec se tomó su tiempo en observarle, como si esperase que algo fuese a delatarlo de un momento a otro.

—Como ha apuntado mi mujer, toda una casualidad —le dijo. Su voz dejaba claro que si bien aceptaba las explicaciones dadas, no creía en ellas, no por completo—. Entonces, ¿no sabías quién era ella la primera vez que... os visteis?

Bueno, al menos no dudaba de que se hubiesen conocido anteriormente. ¿Le habría hablado Iona de su encuentro?

Ahora fue él quien se tomó tiempo para responder. Cogió la taza, aspiró el atrayente aroma del café y saboreó el fuerte brebaje. Delicioso. Catriona MacKinnon sabía hacer un buen café escocés, bendita fuera.

—Trabajo como guía turístico para una de las empresas afincadas en Edimburgo —explicó dejando la taza de nuevo sobre el platillo—, me tocó hacer noche en la isla y si conoce Portree, sabrá que no es un lugar precisamente grande; hay un solo pub.

El asentimiento del hombre fue lo suficiente breve como para no haberlo notado si no estuviese atento.

—Suelo reservar siempre en el pub, así que ya ceno allí —concluyó con un encogimiento de hombros. No había nada como mantenerse lo más cerca posible de la verdad para mantener una mentira—. Iona estaba en la barra y comenzamos a hablar. Es una mujer de lo más ocurrente.

Sobre todo cuando llevaba ingerida casi una botella de whisky, pensó con sorna. La declaración pareció satisfacer al Mackinnon, pero a pesar de esa pequeña victoria, la curiosidad y el recelo seguían presentes.

—Cuando nos vimos de nuevo en Dunvegan, fue sin duda una nueva sorpresa... —aseguró con desenfado—. Para ambos

Alec le dedicó una mirada jocosa.

—Estoy seguro que lo fue —dijo como de pasada. Se acomodó en la silla y se relajó—. Tu padre se alegrará de ver que conservas la cabeza.

El velado comentario sobre la posible reacción de su hija no pudo menos que arrancarle una risa. Ahora sabía de dónde había sacado Iona esa facilidad para insultar y quedarse tan ancha.

—Créame, señor Mackinnon, si la conservo es de milagro —aseguró con buen humor—. Iona puede ser muy vehemente en sus respuestas.

El hombre correspondió a su respuesta con un complacido gesto.

—Sí, puede serlo —aseguró al tiempo que se inclinaba hacia delante y cogía su propia taza de café—. Sobre todo cuando su madre orquestó todo esto sin su conocimiento... o el mío.

Y a juzgar por la mueca que hizo al pronunciar la última palabra, era algo que no le hacía muy feliz.

—No se olvide de mi padre —le dijo. No había que olvidar que la mujer no era la única culpable allí. Se llevó de nuevo la taza a los labios y tomó un nuevo sorbo del fantástico café—. Él también tiene mucho que decir en todo esto.

El hombre asintió aceptando esa venia hacia su esposa. Se tomó tiempo en degustar el café, para finalmente continuar con aquella especie de torneo entre dos combatientes.

—E imagino que no es el único —disparó de nuevo de forma certera. Alec Mackinnon no se andaba con rodeos—. No creo que hayas hecho todo el camino hasta aquí por una simple visita de cortesía hacia tus «futuros» suegros. Iona se marchó con excesiva premura tras su visita a Dunvegan. En realidad, casi diría que huyó como alma que lleva el diablo.

Directo como una bala, pensó mientras ocultaba la involuntaria sonrisa tras el borde de la taza. Estaba dispuesto a darle una respuesta cuando Catriona volvió trayendo consigo un aromático bizcocho ya cortado y lo puso en la mesa al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Sin duda, debía perseguirla el diablo porque se ha dejado toda la ropa y libros que trajo consigo —comentó la mujer, quien parecía haber

escuchado solo la última parte de la conversación—. Esa muchacha no va a ningún sitio sin sus libros. Por no hablar de que tiene la manía de revisar una y mil veces la maleta antes de irse, pero no, salió cual huracán.

Hizo una pausa para servirles a ambos hombres una porción de bizcocho.

—Aunque supongo que ahora que os conocéis y habéis tenido oportunidad de hablar, ella querrá dejar las cosas en orden antes de la boda—. Cuidado con el bizcocho, está caliente.

El café que acababa de ingerir se le atragantó, pero no fue nada comparado con las migas de bizcocho que salieron disparadas de la boca del Mackinnon al escuchar las palabras de su esposa.

—Por el amor de dios, Alec, te dije que estaba caliente —farfulló al tiempo que se acercaba a su marido y le palmeaba la espalda.

Él la fulminó con la mirada en respuesta, pero ella lo ignoró al tiempo que se volvía con rostro angelical. Jesús, esa mujer era peligrosa.

—Deja que se enfríe un poco, hijo —le señaló el bizcocho al tiempo que volvía a tomar asiento.

Su marido carraspeó en un intento por recuperar la compostura, pero a juzgar por las miradas de asesino en serie que lanzaba a su esposa no es que tuviese mucho éxito.

—Creo que es un poco precipitado hablar de boda —rezongó.

Tuvo que morderse la lengua para evitar contestar en voz alta. Si él supiera...

—Bueno, no se van a casar mañana, eso está claro —aseguró la Catriona ignorando a propósito los puñales que le lanzaba el marido—. Hay muchas cosas que preparar primero, pero es una tontería no fijar ya la fecha...

Dios, ¿cuándo se le habían ido tanto las cosas de las manos? Había venido con intención de ver a Iona y ahí estaba ahora, sentado a la mesa con sus padres mientras hablaban de matrimonio.

—Lo cierto es que coincido con su marido, señora Mackinnon.

Un bufido.

—Al fin algo de cordura.

Ella sacudió la mano para despachar las palabras de su marido.

—Llámame Catriona, muchacho —declaró ignorando todo aquello que no le interesaba—. Al fin y al cabo terminaré siendo tu suegra.

Si le quedaba alguna duda sobre la veracidad de las palabras de Iona, la actitud de aquella mujer las despejaba por completo. Que dios los pillara confesados.

—Es una lástima que Iona no se haya quedado un par de días más — continuó la mujer con su monólogo—, salió tan deprisa hacia ese bendito NY suyo... Solo espero que haga lo correcto en cuanto llegue allí, no se puede tener dos hombres esperando por una.

Aquella acotación fue suficiente para que el Mackinnon abandonara la silla en la que estaba sentado y la fulminase con la mirada.

—Catriona Eveline Mackinnon pon ahora mismo punto en boca —la hizo callar al tiempo que se levantaba. Entonces sintió la mano de su suegro sobre el hombro—. Acompáñame al despacho, será mejor hablar de todo esto... sin una trastornada norteña escupiendo sapos.

No esperó a ver si lo seguía, se limitó a dejar la cocina mientras rumiaba en voz baja sobre las mujeres y su falta de sesera. El suave chasquido de lengua a su espalda lo hizo girarse hacia su suegra, quien lo miró con ternura.

—Iona puede ser un poco cabezota a veces —señaló al hombre que acababa de abandonar la cocina—, tiene a quien parecerse. Es una buena chica, tiene carácter, sí, pero un enorme corazón. Puedo suponer que todo esto del compromiso ha sido un duro golpe para ambos, pero ahora que te veo sé que mi hija no podría estar en mejores manos. Espero que lo que haya ocurrido entre vosotros en su visita a Dunvegan se arregle pronto.

Sin perder la sonrisa, se levantó y recogió el servicio que había dejado su marido y le indicó el umbral.

—Te estará esperando en el despacho —le dijo—. Última puerta a la izquierda. No le hagas mucho caso si gruñe, es su manera de espantar a los cuervos.

Con un gesto de ánimo, se llevó la loza con ella sin dejar de canturrear mientras se alejaba. Sacudió la cabeza y siguió las indicaciones que le había dado la mujer, la puerta estaba entreabierta y el Mackinnon permanecía en pie a un lado de una antigua mesa que debía hacer la función de escritorio.

—Pasa y ponte cómodo —lo invitó. El hombre estaba preparándose una bebida—. ¿Una copa?

Connor miró la botella e hizo una mueca. Lo último que le apetecía era terminar el día con whisky.

—No, gracias —negó. Echó un rápido vistazo alrededor de la habitación hasta que se topó con una fotografía cuya modelo reconocía.

El hombre, atento a cada una de sus reacciones, lo siguió con la mirada y

emitió uno de esos gruñidos indescifrables.

—Es de las últimas vacaciones familiares —comentó dándole un sorbo a su bebida. Se apoyó contra la mesa y miró la foto con gesto meditativo—. Su madre recurrió al chantaje para poder obtener esa foto, ni que decir tiene que después de eso la cámara desapareció misteriosamente.

Sonrió de medio lado al escucharlo pues no era algo que le sorprendiese viniendo de ella.

—Puedo suponerlo.

Con un asentimiento a modo de acuerdo, se tomó el resto del contenido del vaso de golpe y lo dejó sobre la mesa de seco golpe. Los astutos ojos color miel se clavaron en él con eficaz escrutinio, un arma que empezaba a encontrar inquietante.

—Bien —anunció su suegro—, ahora empieza a contarme exactamente que os traéis mi hija y tú entre manos. Si me gusta o me convence lo que oiga, quizá y solo quizá te de lo que obviamente has venido a buscar. Mi mujer puede seguir ejerciendo de eterna anfitriona si quiere, pero mi hija no salió corriendo como alma que lleva el diablo sin ningún motivo, así que... empieza.

Sonrió a pesar suyo, Alec Mackinnon era sin duda un hombre que iba directo al grano.

Iona atravesó las puertas evitando atropellar con la maleta a los apresurados pasajeros que circulaban por el aeropuerto, no es que el pequeño *trolley* pudiese hacer algo más que rebotar contra el suelo ya que en la premura que tenía por dejar su escocia natal solo metió lo indispensable. Con todo, conociendo a su madre no tardaría en recibir una enorme caja con lo que quiera que hubiese olvidado y algo más en cuanto tuviese nuevas señas a las que remitir el paquete.

Justo lo que le apetecía, poner a buscar una nueva vivienda en la inmensa y estresante ciudad de Nueva York. Por lo pronto tendría que conformarse con acampar en la tienda, tendría que ponerse en contacto con Josh para preguntarle en qué almacén había alojado sus cosas y... bueno, tenía que hablar con él. El haberle soltado todo aquello por teléfono para colgarle después no era la mejor forma de terminar una relación; le debía a Josh al menos una conversación cara a cara pero la perspectiva era tan poco apetecible como arrancarse los ojos.

Sin embargo, parecía que dicha conversación no iba a tener la opción de retrasarse tanto como le gustaría.

—Bienvenida a casa.

Se detuvo al escuchar su voz, paseó la mirada por la muchedumbre que empezaba a dispersarse a medida que se reunía con los suyos y lo vio.

—Josh.

Él seguía igual que siempre, un pensamiento extraño puesto que no pasó más que quince días fuera, pero en su interior Iona sentía que ella había cambiado. Con las manos metidas en el bolsillo de una cara chaqueta de piel marrón, los ojos marrones la miraban con la misma tibia calidez de siempre. Llevaba el pelo más corto, pensó durante una milésima de segundo, ya no se le rizaba sobre la parte superior de las orejas, pero era el único cambio significativo en el aspecto impoluto del médico. El mismo suéter de pico con camisa a juego, los pantalones con pinzas y el busca sujeto del cinturón; no era su día libre, estaba de guardia.

—Dame la maleta, la meteré en el coche. —Tendió la mano hacia el *trolley* y por instinto ella se aferró a él.

Sí, así era como actuaba Josh, como si nada hubiese pasado en realidad. Esa era la manera en la que solucionaba la mayoría de los problemas o disputas entre ellos, su condescendencia y falta de interés había estado allí desde el principio, ¿cómo no se dio cuenta antes? Se apartó saliendo de su alcance, alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin poder evitarlo. No le había avisado de su regreso.

Él arqueó una delgada deja ante el gesto de alejamiento por su parte.

—Llamé a casa de tus padres —respondió con sencillez—. Catriona me informó con su habitual jovialidad que habías cogido un avión para regresar a casa. Me alegra ver que has recuperado la sensatez.

Aquello le hizo reír. Dejó escapar un pequeño bufido mitad risa y negó con la cabeza.

—No estaba bromeando cuando hablé por teléfono, Josh. No voy a volver contigo —aceptó con tranquilidad. No era precisamente el lugar que tenía en mente para hablar de ello—. Lo nuestro no funciona, Josh. Lleva sin funcionar desde hace tiempo. Lo que te dije por teléfono...

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor, estaba a punto de tener “la conversación” en medio de una terminal de aeropuerto, ¿y le importaba? En lo más mínimo. *Gracias, Connor*. Pensó poniendo mentalmente los ojos

en blanco.

—Iona, sé lo que dijiste por teléfono, estaba al otro lado, escuchando — la interrumpió con firmeza, entonces volvió a acercarse a ella y le cogió la maleta—. Este no es lugar para tratar esta clase de asuntos. Vamos a casa. Sentémonos y dialoguemos.

Se enervó ante su condescendencia, la trataba igual que a uno de los muchos pacientes que atendía.

—De acuerdo —aceptó y cuando él pareció relajarse recuperó la maleta—. Hablaremos, pero no en tu casa.

Él la miró como si estuviese hablando con una díscola y tozuda niña pequeña.

—Nuestra casa, Iona, es nuestra casa —la corrigió suavemente—. Mira, no me importa lo que haya pasado cuando estuviste fuera. Todo el mundo comete errores, no voy a culparte por ello... sé... La culpa es mía, no he estado todo lo pendiente que debería, te has sentido sola y...

¿Sería muy extraño si ahora se echase a reír? Sacudió la cabeza intentando eliminar esa absurda necesidad. Dios, qué equivocada había estado, qué ciega necesidad la había envuelto que solo ahora se le caía la venda.

—Errores —repitió y no pudo evitar el tono jocosos de su voz—. Josh, me he acostado con un tío al que no conocía de nada, dos veces y no porque me sintiese sola, sino porque me apetecía —le soltó ya cansada del anodino gesto de su rostro—. Y no me arrepiento lo más mínimo... No al menos en la forma que debería arrepentirse una mujer con pareja desde hace casi dos años y que viven juntos...

Él abrió la boca para decir algo pero lo detuvo alzando la mano.

—No te quiero. —Las palabras surgieron sin más—. Y solo lamento haber tardado tanto en darme cuenta de ello. No quiero lastimarte, de veras que no, por eso creo que lo mejor que podemos hacer es dejarlo ahora.

El rostro masculino no mostraba ninguna emoción realmente fuerte, nada más allá de un ligero fastidio y solo cuando empezó a sonar el pitido del busca.

—Es del hospital, una urgencia —murmuró apagando el aparatito para luego volver a centrar su mirada en ella—. Tenemos que hablar —insistió igualmente—, ve a casa, todas tus cosas están allí. Saldré tan pronto me libre de esto y hablaremos; todo se solucionará. Te lo prometo, Iona.

Sacudió la cabeza una vez más al escuchar el diminutivo de su nombre y

le acarició el brazo con la mano.

—Ve a tu hospital, Josh —le dijo con calidez. Realmente, no sentía rencor hacia él, no le enfadaba su actitud, sencillamente le daba igual. Esto era algo que había visto y vivido los últimos dos años demasiadas veces y ya le daba igual—. Enviaré a alguien a buscar mis cosas en cuanto me haya instalado. Te agradecería que las dejases apartadas. Y lo siento, de veras. Eres un buen hombre, Josh, pero sencillamente no congeniamos.

El busca volvió a sonar y él juró en voz baja. Aquella era la primera vez que le escuchaba decir algo parecido.

—De acuerdo —murmuró entonces al tiempo que apagaba el aparato por segunda vez—. Démonos un tiempo. Es obvio que has regresado confundida, necesitas pensar las cosas... Todo eso que dijiste del compromiso... de una boda... necesitas tiempo.

Suspiró, ¿por qué tenía que ponerse razonable precisamente ahora?

—Sí, sin duda hay cosas en las que necesito pensar —aceptó con tranquilidad—, empezando por la necesidad de retomar las riendas de mi vida. Pero eso no hará que cambie de opinión, Josh. No te quiero. En realidad, ni siquiera sé si he estado enamorada de verdad alguna vez.

Él le cubrió los labios con los dedos impidiéndole seguir.

—Unos días —la acalló—. Una semana. Tómate ese tiempo para pensar y entonces hablaremos.

La boca masculina sustituyó los dedos en un beso que pretendía ser arrebatador y lo fue, en cierto modo contenía más pasión de la que jamás le sintió en aquel hombre, pero faltaba algo.

—Te llamaré —declaró acariciándole la mejilla con el pulgar—. Todo se arreglará, lo. Te lo prometo.

Sin más, la dejó y se marchó con rapidez. Había cosas que nunca cambiaban, pensó ella al verlo perderse por los pasillos del aeropuerto, se tocó los labios y suspiró. Aquel gesto no hacía más que confirmar lo que sabía; no amaba a Josh. Él no la estremecía con su presencia, nunca lo hizo en realidad, sus besos no la encendían hasta el punto de olvidarse de su propio nombre y conciencia. No, aquello solo lo había sentido con Connor lo que hacía a ese hombre incluso mucho más peligroso.

Con un profundo suspiro, tiró de la maleta y se dispuso a atravesar el aeropuerto hacia la puerta de salida. El escocés estaba ahora a miles de kilómetros de distancia, tenía que hacerlo a un lado y empezar a organizar su destartalada vida.



## CAPÍTULO 2

*Una semana después.*

Connor disfrutó del temprano café con el que decidió iniciar la mañana, llevaba doce horas en una de las ciudades más bulliciosas que había visitado en los últimos años, nueve de las cuales estuvieron dedicadas a recuperarse del *jet lag*. No era la primera vez que visitaba Nueva York, pero seguía sin encontrarle el «encanto» por el que se caracterizaba aquel núcleo urbano. Demasiado estrés embotellado, contaminación acústica para todos los gustos, tan solo el pulmón de la ciudad ante el que se encontraba ahora mismo rompía un poco con aquella monotonía.

Y sin embargo, Iona había hecho de esa ciudad su hogar durante los últimos años.

—Increíble —murmuró. Se llevó la taza a los labios y degustó la amarga bebida.

Lo era. Habiendo conocido a la mujer le costaba ubicar a su huidiza esposa en un ambiente como aquel, viviendo en una ciudad en el que todo el mundo parecía tener prisa. Hasta Londres, con su ritmo habitual de vida parecía un paraíso de paz y tranquilidad al lado de la Gran Manzana.

Independencia. Recordó. Esa era la clave a juicio de Alec Mackinnon. Independencia y huir de la continua influencia materna, la cual solía volverla loca incluso de adolescente. Su suegro le había brindado algún que otro detalle sobre los motivos que llevaron a Iona a cruzar el atlántico y establecerse en los Estados Unidos, la independencia, la necesidad de encontrarse a sí misma, de crecer la llevó a dejar atrás el seno familiar y lanzarse al mundo.

«Lástima que en esa aventura se diese de bruces con ese medicucho».

Los labios se le curvaron con ironía al recordar las palabras del Mackinnon. Josh Harmon o el «folla novio» —como había canturreado Iona en medio de la borrachera—, era uno de los principales motivos por

los que ella decidió permanecer en Nueva York. Se conocieron poco después de que ella terminase la carrera de interiorismo y decoración y abriese su propia tienda.

«Él es el motivo principal por el que Iona ha permanecido todo este tiempo lejos de Escocia. Se ha aferrado a lo único que le daba estabilidad en un país desconocido y si aún estuviese enamorada de él... Pero salta a la vista después de la estupidez cometida que no era el caso».

Ese hombre era como un perro con un hueso, no había descansado hasta tenerlo contra las cuerdas —o en este caso acorralado contra una estantería— y hacerle soltar todos y cada uno de los motivos por los que un completo desconocido tenía tanto interés en dar con el paradero de su hija.

Lo más curioso de todo, es que el relato de cómo terminaron casados por el antiguo rito de la unión de manos arrancó una enorme carcajada en su suegro. Le saltaron las lágrimas y tuvo que sentarse para evitar revolcarse por el suelo de hilaridad. Connor llegó a pensar que al hombre iba a darle algo, pero en cuanto se recuperó lo suficiente para poder hablar la respuesta lo dejó casi tan aturdido como a él risueño.

«Al fin un escocés como dios manda».

Después de la bochornosa confesión y omitir prudentes detalles, Alec Mackinnon le había brindado toda la información que necesitaba para dar con su díscola esposa.

Y allí estaba ahora, sentado en una terraza frente a Central Park preguntándose y no por primera vez que clase de locura se había apoderado de él. Esto iba más allá de la lujuria o del deseo, se convirtió en algo personal en el momento en que ella huyó por segunda vez de él.

—Y no habrá una tercera vez —se dijo a sí mismo. Se tomó todo el contenido de la taza de golpe y abandonó la cafetería dispuesto a encontrarse con la mujer por la que había cruzado el océano en sus primeras vacaciones en mucho tiempo.

Iona observó el escaparate con ojo crítico y asintió satisfecha, el levantarse temprano había merecido la pena. Volvió al mostrador donde había dejado los retales que le sobraron de la nueva decoración y suspiró al ver la hoja de anuncios del periódico. Varios círculos de rotulador rojo marcaban los alojamientos que tenía pensado consultar, otras tantas cruces tachaban aquellos que ya había visto y no se ajustaban a sus necesidades o

que excedían en lo absurdo sus posibilidades de alquiler.

Hacía tanto tiempo que no tenía que ocuparse de nada más que pagar el alquiler y los suministros de la tienda, que no había pensado en lo que suponría tener que añadir un nuevo gasto; el de una vivienda propia.

Durante sus años de universidad había vivido en residencias de estudiantes, compartió piso el último año solo para conocer a Josh e irse casi al instante a vivir con él. No tuvo tiempo para ser verdaderamente consciente de lo que suponía vivir por su cuenta en esta gran ciudad. Seis meses de alquiler en una habitación no contaban y tal y como estaban las cosas ahora, podía permitirse algo un poco mejor, no demasiado, pero quizá algo con algo más que un baño y un dormitorio.

—A este paso me veo reformando la trastienda para hacerme una habitación —farfulló dándole la espalda al periódico para empezar a doblar los retazos de tela—. Aunque tal y como está ahora mismo, haría falta un milagro.

A principios de semana había recibido un nuevo envío con el material que solicitó antes de salir de viaje y que ahora se amontonaba en cajas en un rincón de la habitación trasera. Otras tantas ocupaban sin orden ni concierto otra de las paredes con los cambios realizados recientemente, por no hablar del material que quedara descatalogado y los artículos que acababa de sustituir. Oh, y por supuesto, la vieja colchoneta de gimnasio que había encontrado en una tienda de segunda mano por diez dólares y que le había estado sirviendo de cama.

Sí, la trastienda parecía ahora mismo el campamento de algún ejército desorganizado en medio de una batalla campal.

—Maldita sea, tengo que encontrar algo y pronto —refunfuñó. Si seguía durmiendo encima de esa cosa un par de días más, acabaría con la espalda destrozada.

Se agachó para depositar la tela doblada en una cesta y recuperar otras que habían caído en algún momento al suelo cuando escuchó las campanillas que anunciaban la entrada de un cliente.

—Buenos días —saludó sin llegar a levantarse del todo—. Enseguida estoy con usted.

Escuchó el sonido de la puerta al cerrarse con suavidad al tiempo que se incorporaba y cubría los labios con una profesional sonrisa. Esta se congeló al igual que toda su persona en cuanto posó la mirada sobre el recién llegado.

—Buenos días, *caileagh*.

El corazón decidió saltarse un latido, pensó mientras observaba con absoluta estupefacción al hombre de pie frente a la puerta.

—Connor.

El nombre le surgió como un maullido ahogado de los labios, tuvo que obligarse a tragar para poder encontrar de nuevo la capacidad de hablar.

—¿Qué demonios haces aquí?

La sexy sonrisa que le curvó los labios provocó que un escalofrío de placer la recorriera entera. Vestido con una chaqueta de piel, un suéter marrón a través de cuya abertura asomaba el cuello de una camisa y pantalones vaqueros negros, el escocés con el que estúpidamente se había casado tenía un aspecto de lo más atractivo.

—Tengo vacaciones —le contestó con un ligero encogimiento de hombros. Le vio echar un vistazo a la tienda, para luego girarse hacia la puerta, estudiar el mecanismo del estor y tras girar el cartel de modo que pusiese “cerrado”, lo bajó robándole un poco de luz natural a la tienda.

Sacudió la cabeza.

—¿Vacaciones?

Se giró de nuevo y esta vez fue ella la que tuvo que someterse al examen. La recorrió con una mirada sensual, apreciando cada centímetro de su cuerpo y haciendo que se calentara con ese minucioso escrutinio.

—Sí, tengo una semana libre antes de volver de nuevo a Edimburgo y a mi trabajo —aseguró. Sus ojos se encontraron de nuevo con los de ella—. Como no tenía nada mejor que hacer, se me ocurrió coger un avión, hacer más de nueve horas de vuelo y venir a ver a mi huidiza esposa. Al parecer tienes problemas para entender ciertas frases, *caileagh*.

Se sonrojó, no pudo evitarlo. Sabía perfectamente a qué se refería él. Lo que se le escapaba era cómo demonios había llegado a dar con su paradero.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí? ¿Quién...? —Las palabras se esfumaron en el mismo momento en que la respuesta penetró en su mente—. Dios mío, no lo has hecho... No has hecho algo tan absurdo.

Tuvo que aferrarse al mostrador pues de repente el suelo parecía desvanecerse bajo sus pies.

Él se limitó a ladear ligeramente el rostro y caminó hacia ella.

—¿Qué, según tú, no he hecho, *caileagh*?

Sacudió la cabeza intentando despejarse, su presencia la aturdía casi tanto como lo hacían sus besos y caricias. ¡No pienses en eso! Se amonestó

cuando el solo recuerdo hizo que se le tensara el sexo y comenzara a humedecerse. Apretó los muslos casi con tanta fuerza como los dientes.

—Ni siquiera tú puedes ser tan estúpido —insistió ella—. Dime que no has cometido la enorme estupidez de comentarle a mis padres esa estupidez sobre el supuesto matrimonio... ¡No es legal!

Él chasqueó la lengua y se apoyó en el otro lado del mostrador. Con parsimonia paseó la mirada sobre el mueble y ojeó la hoja de periódico que tenía marcada.

—Tu madre es una anfitriona encantadora —comentó sin levantar la mirada del papel—, estaba preocupada por tu precipitada partida. Al igual que tu padre.

El color le huyó del rostro y empezó a negar con la cabeza.

—No, por dios bendito, no lo has hecho...

Su mirada encontró la propia.

—No creo que importase mucho, ¿no te parece? —le soltó con sorna—. Tu madre está decidida a organizar una boda... en cuanto a tu padre...

—¡Al diablo con mi madre y sus planes de boda! —exclamó dejando caer ambas manos sobre el mostrador con fuerza—. ¿Les has dicho que nos hemos casado?

La perezosa sonrisa que curvó sus labios casi le provoca un ataque al corazón.

—Tu padre es muy bueno interrogando a la gente, ¿lo sabías?

Juró en voz alta. Repetidas veces. Ni siquiera sabía que tenía tal repertorio de insultos en su haber hasta que los hubo expulsado todos.

—Mierda, oh, joder —remató. Entonces lo acuchilló con la mirada—. Eres hombre muerto, Connor Macleod. ¡Muerto!

Él se echó hacia atrás cuando intentó agarrarlo por encima del mostrador haciendo que errase su objetivo.

—Relájate, pequeña sanguinaria —se rio—. Te lo mereces por jugar sucio.

Ella jadeó.

—¿Qué yo juego sucio, tú pedazo de excremento de cobaya? —se indignó—. No tenías derecho a decirles nada... Pero qué digo. ¡Ni siquiera tenías que haber ido a mi casa!

Se quedó quieto y la fulminó como lo había hecho ella misma con él.

—No habría tenido que hacerlo si aprendieses a hacer lo que se te dice —aseguró con sequedad—. Pareces tener problemas para comprender el

significado de palabras tales como «quédate aquí».

Entrecerró los ojos y contuvo las ganas de saltar por encima del mostrador para arrancarle los ojos. En lugar de ello, empezó a rodearlo con lentitud.

—Y tú para entender lo que el no hacerlo significa —le dijo irritada—. Maldita sea, lo has complicado todo. Ese matrimonio no es legal... y... y todo lo que ha ocurrido... por el amor de dios, Connor. Solo ha sido sexo, con toneladas de whisky por el medio.

Él arqueó una ceja y su expresión decía claramente que se olvidaba de un pequeño detalle.

—En Dunvegan no tomaste ni una sola gota.

Se sonrojó, no pudo evitarlo. Aquel hombre tenía el poder de convertirle el cerebro en papilla y conseguir que hiciese las cosas más absurdas.

—Eres un cabrón hijo de puta —le soltó sin medir ni una sola de las palabras—. Eso es lo que eres...

Él chasqueó la lengua y se inclinó hacia ella ahora que estaban uno frente al otro. Su altura, como siempre, la empequeñecía.

—Esa boquita, *caileagh* —la amonestó—. Sé que tienes mejores modales...

Alzó la barbilla, no quería quedarse en inferioridad de condiciones delante de ese maldito escocés.

—Sí, pero los reservo para ocasiones especiales —escupió—. Y esta no es precisamente una de ellas.

Los labios masculinos se estiraron hasta formar una perezosa sonrisa de dientes perfectos.

—Te prometo que será especial muy pronto —aseguró. Sin darle tiempo a prever sus intenciones, la atrajo contra su pecho y le saqueó la boca, penetrando entre los labios abiertos con la lengua y arrancando de ella una involuntaria respuesta.

Correspondió a su beso, se recreó en la calidez y el sabor de la boca masculina y enlazó la lengua con la suya con la misma urgente necesidad que él le demandaba.

Señor, ¿qué tenía aquel hombre que la hacía perder la cabeza con tan solo estar en la misma habitación?

Se apartaron jadeando, los ojos masculinos brillaban de lujuria, una emoción que estaba segura poseían también los suyos a juzgar por la forma en que había reaccionado su cuerpo. Podía sentir los pezones duros y

empujando contra la tela del sujetador y el sexo hinchado y húmedo. Estaba excitada y aquello la enfurecía aún más.

—Fuera —siseó al tiempo que se limpiaba la boca con la mano—. Solo... lárgate y no vuelvas.

Él respondió pasándose la lengua por los propios labios, la recorrió con la mirada y echó mano al interior de la chaqueta.

—No eres la única que hace caso omiso a ciertas... peticiones —le informó al tiempo que sacaba del interior de la chaqueta un sobre blanco—. Esto es para ti.

Ella lo miró con suspicacia.

—No quiero nada de ti —siseó.

Él sacudió la cabeza como si el importase un comino sus deseos, abrió el sobre y le tendió el papel.

—Léelo —la obligó a cogerlo—. Son los resultados de mis últimos análisis —le informó con total sinceridad—. Estoy tan limpio como la gasa esterilizada de un hospital.

Parpadeó varias veces mientras cogía el papel y lo miraba como si fuese un animal salvaje a punto de enseñarle los dientes.

—Sí, bueno. Todo un detalle de tu parte hacerme partícipe de ello justo ahora —le soltó con profunda ironía al tiempo que le devolvía el papel sin leerlo siquiera—. Aunque no es algo que me afecte ahora mismo. Ahora, adiós, Connor.

Él chasqueó la lengua y la recorrió con la mirada sin ocultar su deseo.

—Vaya, así que sí sabes despedirte —le soltó y ella no pudo hacer menos que sonrojarse ante el nuevo recordatorio de sus continuas huidas—. Bueno, al menos las nueve horas de avión han servido de algo.

Su sonrojo aumentó, como también lo hizo el deseo que surgía ante la proximidad de aquel hombre. Empujó el papel contra el pecho masculino obligándole a cogerlo o dejarlo caer.

—Aprovecha tu estancia para ver la ciudad —le sugirió entonces—. Nueva York es preciosa en esta época del año.

Él aprovechó la acción para cogerle la mano dejando que el sobre cayese al suelo entre ellos.

—Hay otras cosas que prefiero ver en estos momentos —declaró bajando la mirada por su cuerpo—, y tú, desnuda, es una de ellas.

Su sexo se contrajo en respuesta a la abierta declaración, hacía tiempo que sus bragas habían dejado de estar secas. Era presentarse él, tocarla y

chorreaba como las malditas cataratas del Niágara.

—Vaya, es una lástima, la colchonería está dos manzanas más abajo — rezongó—, esta es una tienda de decoración, que ahora mismo tendría que estar con ese maldito cartel de “abierto” mirando hacia fuera.

Él se encogió de hombros, recuperó el papel del suelo, lo devolvió al interior de la chaqueta y se sacó la prenda para dejarla sobre el mostrador.

—*Caileagh*, la falta de una cama nunca nos ha detenido —aseguró al tiempo que se remangaba el suéter y se lamía los labios al deslizar la hambrienta mirada por su cuerpo—. ¿Y bien? ¿Lista para tomarte el descanso de la mañana?

## CAPÍTULO 3

Todos los comercios debían contar con una trastienda, pensó Iona fugazmente cuando empezó a desabotonarle los botones de la blusa al lado del mostrador. Apenas tuvo tiempo de golpearle las manos y amenazarlo cuando le violó la boca con la lengua, obligándola a una rendición contra la que intentaba luchar con uñas y dientes. El beso había despertado su deseo, alimentándolo como el más potente de los combustibles. Las manos masculinas parecían estar en todas partes, en un abrir y cerrar de ojos tenía la blusa por fuera de la falda, el sujetador, que se abría por delante caía a ambos costados mientras él sopesaba los pechos en las grandes manos y le excitaba los pezones con el pulgar.

Toda la cordura, las promesas que se había hecho así misma durante el viaje de regreso, la resolución que mantuvo tras romper con Josh estaba diluyéndose bajo el experto toque de ese hombre.

—¿Por qué has venido? —gimió enterrando las manos en el espeso pelo oscuro—. ¿Es que no sabes captar una indirecta?

Dio un respingo cuando le lamió el pezón, una suave caricia de la lengua que la hizo estremecer.

—¿Y tú despedirte adecuadamente? —murmuró contra el henchido seno—. Por no hablar de que tienes ciertos problemas para entender una frase de dos palabras.

—Oh, cállate.

Se rio contra su piel.

—Sí, esas también son dos palabras —se burló al tiempo que dejaba sus pechos y la miraba a los ojos, acariciándole ahora los labios—. No estoy acostumbrado a ir detrás de una mujer, Iona, es una experiencia nueva para mí... y no del todo agradable. He tenido que echar mano de toda mi inventiva para salir airoso del interrogatorio de tu padre.

Se lamió los labios, él había venido a Nueva York por ella, había cometido la enorme estupidez de ir a su familia...

—Nadie te pidió que lo hicieras. —Bien, esa tenía que ser la peor de las respuestas posibles—. Maldita sea, Connor. ¿Cómo diablos se te ocurrió decirles lo del matrimonio? No es legal, maldita sea.

Sacudió la cabeza en una lenta negativa y la empujó suavemente contra una de las estanterías en las que guardaba algunos artículos descatalogados.

—Haberlo pensado antes de pedirme que me casara contigo —rezongó. Le acarició los labios con el aliento y volvió a mirarla a los ojos—. Un año y un día, ¿recuerdas? No existen matrimonios de una sola noche... a excepción de en Las Vegas.

Gimió al recordar aquellas palabras envueltas en una nube de whisky.

—No es legal, una unión de manos dejó de ser legal en... —no pudo seguir por que la silenció con un beso.

La lengua masculina la penetró con maestría, enlazándose con la de ella y exigiendo una respuesta que mientras su mente era reacia a darle, su cuerpo entregaba sin reservas.

—Alégrate, a tu padre le dio un ataque de risa cuando se lo dije —confesó lamiéndole ahora los labios—. Tu madre no sabe nada y a juzgar por la forma en que se lo tomó el Mackinnon, dudo que se lo diga.

Sacudió la cabeza, aquello no podía estar pasando. Tenía que tratarse de un mal sueño, una pesadilla y quizá se hubiese convencido de ello si las manos y la boca de ese maldito escocés no le hicieran papilla el cerebro.

—Pasa tiempo conmigo, Iona.

La invitación la sorprendió al punto de separarse de él.

—¿Qué?

Lo miró a la cara y él le acarició la mejilla.

—Pasa el fin de semana conmigo —replicó con sencillez—. En mi hotel. Tres días. Viernes, sábado y domingo.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Te parecen pocas las estupideces que cometimos ya?

Él sonrió con picaresca.

—Porque no me hiciste caso cuando te dije “quédate aquí” —enumeró—. Y por qué nueve horas en un avión tiene que tener alguna clase de compensación, ¿no te parece, esposa? No lo encuentro una estupidez, sino un intercambio justo.

Resopló, era todo lo que podía hacer para no echarse a reír allí mismo.

—Eres muy optimista, ¿no? —comentó con sorna.

—Tengo mis momentos —aceptó con desenfado—. Vamos, Iona. ¿Qué puedes perder? Un fin de semana, en mi hotel, solo sexo.

Solo sexo. Le miró mientras su cerebro procesaba la idea. Placer a raudales y sin mayores complicaciones. ¿Realmente podía existir algo así con ese hombre?

—No —negó poniendo en voz alta sus pensamientos.

Él se limitó a mirarla.

—¿No? —repitió al tiempo que enarcaba una ceja—. ¿Esa es tu última oferta?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No estamos teniendo esta conversación —declaró por fin. Empezaba a pensar que la última borrachera le había dañado seriamente el cerebro—. Es sencillamente demasiado bizarra... Así que, coge tu chaqueta, cambia el billete de avión y lárgate.

Los labios masculinos se curvaron en una divertida sonrisa.

—Sí, será mejor que dejemos la charla para después —resolvió ignorarla y pegó su cuerpo al de ella—. Por el momento, déjame ver si todavía me acuerdo que punto exacto es el que te hace gritar y gemir de placer.

Connor estaba dispuesto a salirse con la suya. No había hecho ese infernal viaje de nueve horas para irse con las manos vacías, no cuando lo que quería estaba exactamente al alcance de la mano. Todas sus buenas intenciones, la promesa que se hizo a sí mismo de hablar con tranquilidad se esfumó en el mismo instante en que posó los ojos sobre ella.

Ya habría tiempo para hablar del motivo que lo trajo hasta allí, por ahora, se conformaría en sacar una respuesta afirmativa de esos labios de modo que aceptase quedarse con él los próximos tres días.

La idea había acudido a su mente de forma precipitada, el belicoso recibimiento lo llevó a afianzar su posición y demostrarle a aquella mujercita que no era un hombre que aceptase con facilidad una negativa como respuesta.

El habitáculo era reducido, una habitación en la que se amontonaban cajas, utensilios y artículos que o bien estaban descatalogados o todavía por catalogar, pero todavía les proporcionaba espacio suficiente para dar rienda suelta al placer.

—No puedes hacer esto —se quejó cuando la empujó contra la puerta cerrada de un armario de latón. El crujido del material resonó en el cuarto—. Estamos en horario laboral, ¿y si entra alguien por la puerta?

Se inclinó sobre ella y le sopló en el oído.

—Giré el cartel dejando el lado de cerrado hacia fuera, cualquiera con dos neuronas sabrá que no estás disponible por el momento —le acarició la parte de atrás de la oreja con la nariz—. Y si son tan osados como para entrar, siempre puedes decirles que tu marido te arrastró a la trastienda porque se moría por follarte después de pasar nueve jodidas horas encerrado en un avión.

Ella bufó y empujó el cuerpo contra el suyo intentando escapar, pero todo lo que logró fue hacer feliz a cierta parte de su anatomía. Su pene semi erecto se engrosó con cada nuevo restriego del delicioso trasero.

—No eres mi marido —siseó—. Ese matrimonio ni siquiera fue legal.

Emitió un bajo chasquido con la lengua, le apartó el pelo de la nuca y le mordisqueó un pedazo de piel.

—Um... sin duda una de las bendiciones del whisky. —Lamió ahora el punto que mordisqueó—. Pero ambos fuimos conscientes de lo que hacíamos... así que... me temo que seguiremos casados durante los próximos trescientos cincuenta y seis días.

Uno de los daños colaterales que ninguno había calculado y que ahí estaba.

—Estás loco si crees que...

Un ahogado gemido escapó de entre los labios entreabiertos cuando le acunó los pechos en las manos. Los inhiestos pezones se endurecieron aún más bajo sus dedos, permitiéndole notar aquella prieta carne desnuda.

—¿Decías?

Creyó oírla mascullar alguna cosa, pero lo que realmente le hizo feliz fue sentir de nuevo ese voluptuoso trasero restregándose contra su sexo.

—Capullo —siseó en lo que semejaba un bajo maullido—. Quitame las manos de encima... este no es el momento... tú no deberías...

Sonrió y deslizó la boca hacia la suave piel detrás de la pequeña oreja y la recorrió con la lengua provocando un estremecimiento en ella.

—Sí, Iona... esa es justo la palabra... tú no deberías —utilizó la frase en su favor—. No debiste marcharte cuando te pedí que te quedaras. Cinco minutos más y habríamos podido solucionar toda esta estupidez en la que nos metió el whisky sin tener que obligarme a hacer una visita a mis

suegros. Me lo debes. Dame tres días. Quédate conmigo el fin de semana y volveremos a hablar sobre ello.

Cada una de sus palabras fue acompañada de los movimientos de las manos deslizándose por el cuerpo femenino. Ella gimió y se retorció contra él con abierta necesidad; le encantaba la forma tan sincera en la que respondía a las caricias y a la pícaro estimulación, los llenos labios seguían vertiendo quejas, farfullándolas en realidad, pero él estaba mucho más interesado en las respuestas que le daba aquel maleable cuerpo de las que emergía de su boca.

—¿Ya has empapado las bragas? —le susurró al oído al tiempo que apretaba los tiernos brotes entre el índice y el pulgar—. ¿Estás mojada o necesitas más estimulación?

La sintió tensarse contra su pecho, entonces siseó algo parecido a “cabronazo” y recortó la cabeza contra su hombro como llevaba haciendo los últimos minutos. Las palmas de las manos completamente extendidas presionaban contra la puerta metálica en un intento por mantener el equilibrio.

—¿No vas a responderme, *caileagh*? —murmuró al tiempo que le soplabla en el oído—. ¿Prefieres que lo averigüe por mí mismo?

No esperó respuesta, aferrándose a uno de los senos, deslizó la otra mano por la piel desnuda de su vientre hasta terminar cubriéndole el monte de venus con la mano por encima de la falda. La tela empezó a arrugarse entre los dedos al tiempo que tiraba de ella y la izaba dejándole las piernas al descubierto. Con rápidos movimientos, engancho la tela de la falda en el interior de la cintura de la misma. El algodón se separó entonces formando una especie de cortina que dejaba a su alcance el breve pedazo de tela que le cubría el pubis.

Deslizó los dedos hacia abajo, instándola a abrir los apretados muslos al tiempo que le restregaba la pesada erección constreñida en los pantalones contra el culo.

—Separa las piernas. —La engatusó con pequeños mordiscos y lametones en el arco superior de la oreja. Un punto que había descubierto la dejaba suave y muy maleable—. Muéstrame lo mojada que estás. Porque lo estás, Iona, estás tan excitada que debes de tener mojados hasta los muslos.

Tembló bajo sus brazos, pero no cedió y él sonrió por ello. Su pequeña esposa era obstinada y aquello le divertía.

—El tiempo corre, preciosa —le susurró de nuevo—, yo no tengo problema en mantenerte aquí y así hasta que anochezca, pero quizá tus posibles clientes no lo vean de la misma manera.

Tembló, todo el cuerpo se sacudió con un estremecimiento y empujó de nuevo contra él, intentando liberarse al tiempo que lo cubría de insultos.

—Eres un cabrón hijo de puta, ¿cómo te atreves a...?

Abandonó el seno y le tomó la barbilla, girándole el rostro hacia él para reclamarle la boca. La penetró con la lengua con la misma intensidad que se moría por hacerlo con su pene, quería estar dentro de ella, sentir de nuevo como esa aterciopelada vaina se comprimía a su alrededor mientras la tomaba. Enlazó la lengua con la de ella sometiéndola a su voluntad, notó como exhalaba un ahogado gemido antes de ceder y devolverle el beso con la misma pasión y frenesí que habitaba en su interior.

Rompió el beso y ambos jadeaban en busca de aire, sus ojos se encontraron por primera vez desde que la había vuelto de cara al armario, cubriéndola con su propio cuerpo desde atrás. Le acarició la mandíbula con el pulgar que todavía le sujetaba el rostro y vio como la rosada lengua emergía y lamía los labios que acababa de abandonar.

—Separa las piernas. —Las palabras salieron ahogadas y con un tono mucho más grave y profundo—. Hazlo, lo necesitas tanto como yo.

Ella no rompió el contacto visual cuando sus muslos se aflojaron y cedieron despegándose. La mano que había permanecido acariciándole el pubis con languidez descendió y gruñó al acariciar con la yema de los dedos la empapada tela de la ropa interior.

—Mojada, muy muy mojada —le acarició la mejilla con la nariz al tiempo que deslizaba la mano por la suave piel de su cuello, recorriéndola hasta llegar a la cintura que apretó ligeramente—. Me encanta cuando te empapas de esta manera por mí.

Ella se movió contra su mano y arqueó las caderas hacia atrás, rozándole de nuevo.

—Confías demasiado en ti mismo, Connor —farfulló ella al tiempo que dejaba escapar un suave suspiro cuando le apartó la tela y le acarició los húmedos pliegues—. Te tienes una jodida alta estima.

Se rio. Esa mujer no dejaba de increparlo incluso cuando él tenía las de ganar.

—Solo lo justo, *caileagh* —aseguró al tiempo que giraba el dedo rozándola con el nudillo un segundo antes de agarrar la tela y tirar de ella

hacia abajo con fuerza.

Un ligero sonido de rasgar fue apenas sofocado por el quejido femenino.

—¡Como me rompas las bragas te mato! —siseó ella—. ¿Tienes una jodida idea de lo que cuesta ese conjunto?

Haciendo caso omiso a la absurda queja, le quitó la delicada prenda y la alzó, parpadeando un par de veces al ver el diseño de la tela. Hasta ese momento no se había parado a tomarse la molestia de pensar en otra cosa que no fuese quitárselas.

—Interesante elección —ronroneó haciendo girar la prenda en los dedos al tiempo que veía como las mejillas de ella se encendían—. Muy interesante.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto lencería de cuadros escoceses? —le soltó muy digna. Sin embargo, el color seguía aumentando.

Se llevó la prenda a la nariz e inhaló su aroma. Se lamió los labios y esbozó una irónica sonrisa antes de introducir las braguitas en el bolsillo trasero del pantalón.

—Ninguna que llevase esos colores —aseguró con sorna. Entonces dejó a un lado la diversión y resbaló una vez más los dedos a través de los hinchados labios, lubricándolos con la humedad que rezumaba del dulce y cálido sexo—. Es sin duda... divertido.

Ella siseó de nuevo.

—Que te follen.

Se echó a reír y se inclinó de nuevo sobre la delicada oreja.

—Eso es lo que intento que hagas desde que entré por la puerta, pequeña —le dijo al oído.

Y para darle peso a las palabras resbaló uno de los dedos en su interior, profundamente y sin previo aviso.

—Y diría que estás más que lista para ello —concluyó retirando el dedo de su interior para hacerse cargo de sus propios pantalones—. Más que lista.

El ansioso pene saltó una vez quedó libre de la restricción del pantalón, sentía los testículos pesados y la polla tan hinchada que le sorprendía que no se hubiese corrido ya con todo ese restregar al que lo había sometido su escurridiza amante. Se moría por hundirse en ella, clavarse profundamente en su sexo y montarla a placer; y quería hacerlo sin nada entre ellos.

—Sin condón —le anunció al tiempo que le alzaba la falda por atrás desnudando sin trasero—. ¿Conforme?

Ella respingó cuando resbaló el pene entre sus piernas, restregándose contra el húmedo e hinchado sexo con un lento movimiento.

—Maldita sea tu estampa —farfulló entre dientes, entonces giró el rostro hasta que se encontraron sus miradas—. Eres... eres...

Enarcó una ceja ante la inesperada explosión femenina.

—Tomaré eso como un sí —declaró al tiempo que se inclinaba sobre ella y le acariciaba los labios con su aliento—. El sobre está en el bolsillo interior de mi chaqueta, siempre puedes asegurarte después de que estoy limpio e inmaculado como ya te informé.

Ella bufó, pero cualquier cáustica palabra que tuviese en mente decir, quedó ahogada cuando le penetró la boca con la lengua y la enlazó con la suya al tiempo que se guiaba con una mano y la penetraba lentamente.

—Mantén las manos ahí —la instruyó al tiempo que la obligaba a separar las piernas y la atraía hacia él, empalándose completamente en su interior—. Dios, esto sí que es bueno.

Y lo era. Ella se ceñía a su alrededor como una perfecta funda; caliente y pulsante. Deslizó una de las manos por el frente hasta acunarle uno de los pechos que ahora colgaban presos de la gravedad. La acarició con suavidad, jugando con el pezón antes de iniciar un suave retroceso para volver a empujar de nuevo en su interior. Los dedos se clavaron en la dulce carne de la cadera, el placer aumentaba por momentos conduciéndolo a un inestable frenesí que le imponía un ritmo mucho más rápido y fuerte. Quería follarla sin más, bombear en el húmedo coñito como un loco mientras la oía gemir y retorcerse, quería sentirla estallar a su alrededor y seguirla llenándola por completo con su corrida.

La deseaba de una forma enloquecedora. No había cordura en la necesidad que se apoderaba de él cuando la veía o tenía cerca, la libido que anidaba en sus células, la lascivia que lo instaba a tomarla en las situaciones más insospechadas empezaba a conducir cada uno de sus actos empujándole a hacer cosas que no habían tenido cabida en su vida; el subirse en un avión y salir en pos de una mujer era una de ellas. Iona era especial, y ese conocimiento no hacía que las cosas fuesen más claras o fáciles para él.

Hizo a un lado los peregrinos pensamientos y se concentró en el placer, el suyo propio y el de ella. Quizá fuese de la vieja escuela, pero alcanzaba un mayor placer siempre que una mujer alcanzaba primero la culminación. Posiblemente el orgullo masculino tuviese mucho que ver al respecto, no

era tan estúpido como para negarse que disfrutaba al saber que tenía el poder de hacer gozar a su pareja, de hacerla perder la cabeza, le gustaba saber que era por él. Se rio. Iona tenía razón después de todo, tenía un ego inmenso.

Los gemidos que escapaban de entre los labios femeninos aumentaron su excitación, bombeó las caderas sin piedad hundiéndose en su interior y gozó de la desnuda intensidad de la carne. La tensión aumentó en su cuerpo, notó como se contraían los testículos y su erección se engrosaba aún más preparándose para la tan ansiada liberación. Empujó sin piedad, hundiéndose una y otra vez, follándola con la loca necesidad que lo había traído hasta allí, hasta ella. Pronto notó como se contraría a su alrededor, encontrando la liberación que desencadenó la suya propia. Siguió penetrándola una y otra vez, arrastrado por la cimbreada necesidad y gruñó al eyacular en su interior, apretándose contra ella, marcándola de una manera tan íntima como solo podía hacerlo el acto carnal que los unía.

Se tomó unos instantes para recuperar el aliento y la estabilidad antes de resbalarse fuera de ella, apoyándose ahora él mismo en el oportuno soporte que ofrecía el armario.

—Bueno, creo que ahora ya podremos entablar una conversación civilizada —murmuró al tiempo que se arreglaba la ropa.

A juzgar por la fulminante mirada que recibió, ella no era de la misma opinión.

## CAPÍTULO 4

—Devuélveme las bragas —siseó sin dejar de mirarle. Él ya se había colocado la ropa y holgazaneaba apoyado en el umbral de la puerta.

Como toda respuesta, le vio sacar la prenda del bolsillo trasero de los vaqueros, acercarla al rostro y con un guiño volver a meterla en lugar seguro.

—Te las devolveré cuando me digas que pasarás el fin de semana conmigo —declaró con satisfacción. No tardó ni dos segundos en girar sobre sí mismo y salir de la pequeña trastienda dónde habían gozado de un breve interludio; breve pero muy intenso.

—Maldito escocés —siseó dispuesta a salir tras él y decirle exactamente dónde podía meterse esas palabras—. Si piensas por un solo momento que vas a salirte con la tuya, es que todavía no me conoces.

Abandonó la habitación para encontrárselo detrás del mostrador, curioseando entre las cosas que había estado ojeando ella antes de que él entrase por la puerta.

—Porque no nos haces un favor a ambos, agarras la puerta y te largas — le dijo todavía encendida—. No pienso honrar ningún apalabramiento que nunca hice y mucho menos voy a hacerlo con un supuesto matrimonio que ha surgido de una maldita borrachera. Follamos, eso es todo. Punto y final. Ahora, lárgate de una jodida vez y deja de joderme la vida.

Él se giró entonces, esa mirada verdosa puesta sobre ella, quitándole la respiración con la misma efectividad que tenían sus besos.

—¿Sabes lo mucho que me gusta hacer nueve horas en avión? Poco, tirando a nada. Así que disculpa si no me pongo firme, choco un talón contra el otro y doy la vuelta para irme por dónde he venido sin más. Utilizando tus propias palabras, si se te pasó por la cabeza, es que no me conoces en absoluto.

Entrecerró los ojos.

—Por supuesto que no te conozco, ni tengo el más mínimo interés en

hacerlo, capullo —siseó y habría seguido si en ese momento no se abriese la puerta y entrase en su tienda la última persona a la que esperaba ver hoy allí.

—¿Iona?

¿Acaso las malditas hadas se habían puesto de acuerdo para joder hoy con ella?

—Josh, ¿qué... qué haces aquí?

El recién llegado paseó la mirada de ella a Connor, quien se limitó a devolverle el gesto mientras movía el enorme cuerpo hasta posicionarse tras ella, impidiéndole salir a recibirle. Su ex novio trasladó la atención de nuevo sobre su persona.

—Acordamos una semana —dijo a modo de respuesta y señaló la puerta con un gesto—. ¿Puedes dejar la tienda un minuto?

La pregunta no habría sonado tan extraña si viniese de otra persona, pero en boca de ese hombre era como el prolegómeno del fin del mundo. Tenía gracia que se lo pidiera, él siempre había estado demasiado ocupado para dejar su puesto de trabajo aunque fuese dos minutos. Nunca le concedió su atención más allá de un asentimiento o un “cómo tu prefieras, cariño” aunque se dejase caer para verlo en su momento de descanso.

Pero entonces, una semana atrás, se había presentado en el aeropuerto y se había negado a aceptar la ruptura alegando que todo lo que ella necesitaba era tiempo. ¿Por qué no podían los hombres sencillamente aceptar unas pocas y sencillas palabras?

—No —No se lo pensó. La palabra surgió sola de la boca y a juzgar por la forma en que él abrió los ojos, no se esperaba tal respuesta por su parte. Punto para mí, pensó Iona—. No es necesario. Te lo dije cuando nos vimos y no tengo nada más que añadir, Josh. Lo siento.

Un breve sonido a su espalda hizo que ambos mirasen a Connor. Él hombre le dedicó un breve guiño y alzó la de las manos a modo de disculpa mientras la otra se posaba sobre sus nalgas y se deslizaba con pereza hacia abajo.

—Discúlpame, caileagh, acabo de recordar algo gracioso —aseguró y con la misma cambió la dirección de su mirada hacia el recién llegado—. ¿Quién es tu amigo?

Se movió intentando apartarse de la mano que resbalaba ahora bajo la maldita falda, arrastrando consigo la tela. Un dedo acariciaba ahora el desnudo muslo mientras sus compañeros de mano arrastraban la tela

dejándola prácticamente con el culo al aire.

—Qué narices crees... —empezó a sisear, pero las palabras de Josh la interrumpieron.

El hombre alzó la nariz como solía hacerlo cuando encontraba algo o alguien que pensaba que no estaba a su altura.

—Soy su novio —declaró el recién llegado dejando claro con un solo vistazo en dirección de ambos que no aprobaba su comportamiento.

Ella intentó apartarse una vez más solo para encontrarse presionada contra el mostrador y con una mano sujeta por la de él sobre la superficie.

—Vaya, que interesante —comentó Connor al tiempo que el dedo le acariciaba la parte inferior de las nalgas. Se tensó, aquel hijo de puta no estaría pensando seriamente en hacerlo, ¿verdad?

—No, no lo es —masculló ella fulminando a su amante con la mirada mientras se volvía hacia el recién llegado—. Pensé que había sido clara al respecto.

La maldita mano incursionó entonces entre sus piernas, los dedos encontraron sus hinchados y húmedos pliegues para seguidamente resbalar entre ellos.

—Joder —se obligó a sujetarse del borde del mostrador y contener una nueva maldición—. No puedes hacer esto... maldito seas.

A juzgar por el bufido de Josh pensó que tal respuesta era para él.

—Iona, todas las parejas tienen problemas, pero pueden arreglarse —añadió sin dejar de lanzar miraditas a Connor—. Por favor, sal conmigo unos minutos. Tu amigo puede hacerse cargo de la tienda.

Si hubiese querido ser más insultante no lo hubiese conseguido, pensó tras escuchar el tono que imprimió a aquellas palabras.

—Parece que los malos entendidos están a la orden del día —replicó Connor inclinándose sobre ella, apretándola contra el mueble al tiempo que resbalaba una de aquellas gruesas falanges en su interior—. Ya que más que su amigo, soy su marido.

—¡Y una mierda!

Él se inclinó para mirarla a la cara con gesto burlón.

—¿Vas a decirme que no estamos casados?

Se mordió el labio inferior para evitar gemir cuando el muy desgraciado retiró el dedo solo para volver a introducirlo de nuevo en su interior.

—Esa maldita boda no es legal —siseó notando como su caliente sexo se contraía alrededor de su dedo y para su propia consternación se humedeció

aún más—. ¡Dejó de ser legal en mil novecientos treinta y nueve y lo sabes!

Él se limitó a chasquear la lengua, acercó la boca a su oído y le susurró al tiempo que notaba ahora como el talón de la mano se apretaba contra la tierna carne de sus nalgas consiguiendo así una penetración más profunda y calculada.

—Cielo, una boda es una boda, en el siglo que sea —le dijo. Entonces miró al hombre de nuevo, pero su boca siguió pegada a la oreja—. ¿Lo arreglamos ahora o durante el fin de semana?

Luchó con todas sus fuerzas por no gemir cuando despegó la boca del oído y se apartó, pero sin dejar todavía de masturbarla secretamente ante aquel hombre.

Dios, cuando tuviese la más mínima oportunidad, ¡le arrancaría los ojos y se los haría tragar!

Un nuevo vistazo en dirección de su ex novio le mostró un hombre tenso, con el rostro ligeramente enrojecido, los labios curvados en un frío rictus e incluso juraría que le latía una venita en la sien derecha. Que recordase, aquella era la primera vez que veía una reacción parecida en el rostro masculino, cualquier reacción que no fuese la condescendencia, el dulce placer y aquella irritante despreocupación que ponía siempre para con cualquier asunto de pareja que tuviesen que discutir.

Por segunda vez en pocos días, no sintió nada en referente a él. No le ocurría así con el maldito escocés que ponía a prueba su cordura acariciándola de aquella manera y delante de su ex. No sabía que le molestaba más, si el que él lo hiciese o que ella se mojase y excitase ante el morbo de tal situación.

—Malditos seáis, los dos —gimió. Los nudillos se le pusieron blancos por la presión que ejercían sus dedos sobre la madera del mueble—. No tengo ninguna maldita cosa más que hablar contigo, Josh, así que vuelve con tu jodido hospital y déjame tranquila. Hemos terminado, ¿lo entiendes? No funciona, entre tú y yo las cosas hace tiempo que dejaron de funcionar.

Su exnovio parecía tener problemas para procesar aquellas palabras, su obstinación era tal que hacía que el cerebro solo filtrase aquello que quería oír dejando fuera todo lo demás.

—Iona, hablemos —insistió con tono tranquilo, demasiado relajado cuando ella todo lo que quería era gritar. Y correrse—. A solas. Este no es

el lugar ni el momento adecuado para tratar...

Gimió desesperada, por su actitud y por la malditamente agradable sensación que le provocaba el dedo que la follaba lentamente.

—¡Lárgate de una jodida vez, Josh! —acabó gritando al tiempo que lo fulminaba con la mirada—. No te quiero, ¿eres capaz de filtrar eso en la cabeza? No.te.quiero.

Se puso tenso, pero una vez más tuvo la sensación de que aquella mirada y su reacción no iban dirigidas a ella. Connor se apretó de nuevo contra ella e hizo las penetraciones más fuertes y seguidas. ¡Dios iba a correrse delante de esos dos mentecatos!

—Ya has oído a la dama, Josh —habló él, y maldito fuera, su tono era como el de un padre cansado de las disculpas de su hijo—. Arrastra tu patético culo fuera de la tienda y deja de molestar a mi mujer o la próxima vez, no tendrás que rendir cuentas con ella, si no conmigo.

Disparo y diana. El rostro del otro hombre palideció, vio cómo se ponía tieso, lo fulminaba con esos ojillos de besugo y le dedicaba a ella un último vistazo que por una vez dejó claro la clase de mujer por la que la tenía.

—Te daré una oportunidad, solo una, Iona —insistió él como si le estuviese haciendo un favor—. Ven a casa esta noche y hablaremos.

Sin más, les dio la espalda y volvió a marcharse por dónde había venido. Iona no volvió a respirar hasta que la puerta se cerró tras él.

—¡Maldito hijo de la gran puta! —estalló intentando liberarse cual gata enfurecida de su agarre, pero no solo no lo consiguió, si no que él se las ingenió para empujarla contra el mostrador y mantenerla allí sujeta.

Chasqueó la lengua, un sonido al que ya empezaba a acostumbrarse. El hoyuelo que se formaba en su mejilla al sonreír había vuelto.

—Una sola palabra, Iona —le dijo aplastándola con su peso, el dedo introducido todavía en su interior, moviéndose al compás de su voz—. Sí o no. Es lo único que quiero oír saliendo de tus labios.

Ella apretó los dientes, impotente ante aquel hombre y lo que despertaba en ella.

—Sí, maldito seas, pasaré contigo el jodido fin de semana —siseó.

Con un sonido de satisfacción se inclinó de nuevo sobre el oído y se lo acarició con el aliento.

—Bien, esa es la respuesta que quería oír.

Sin más, retiró el dedo de su interior dejándola caliente y vacía, le bajó

la falda y la liberó dejando que lo viese llevarse ese mismo dedo a la boca y chuparlo como una golosina.

—Te recojo a las ocho, procura tener cerrado para entonces.

Sin más, le guiñó el ojo y le dio la espalda dejándola allí, frustrada, excitada y absoluta y rotundamente cabreada.

Maldito capullo, ¡había empezado todo aquel maldito teatro para nada!

## CAPÍTULO 5

Iona dejó caer la bolsa de mano en el suelo al tiempo que contemplaba la suntuosidad del apartamento que el señor, «hago lo que me da la gana, *caileagh*», había alquilado para su estancia en la ciudad. No podía recurrir a una habitación de hotel como el común de los mortales, no, tenía que alquilar un apartamento en una de las zonas cercanas a Central Park; un derrote de dinero y ego masculino.

—¿No había nada más caro cuando hiciste la reserva? —preguntó con ironía.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—En realidad la reserva la hicieron por mí —aseguró. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una de las cuatro sillas que acompañaban una bonita mesa en un salón comedor—. Lo que habla por sí mismo del gusto y tipo de alojamiento al que está acostumbrado mi padre. La reserva salió de la misma agencia con la que a menudo trabaja él y ten por seguro que la factura va a ir también a su bolsillo.

Puso los ojos en blanco ante aquella afirmación.

—¿Él también sabe de nuestro pequeño asunto?

El saber que ese mentecato le había ido con el cuento a su padre todavía la encendía. Durante el trayecto que hicieron en metro desde la tienda hasta la calle en la que se alojaba él, Connor le había puesto al corriente de lo ocurrido; no podía decir que le sorprendiese la actitud de su padre. Podía imaginárselo doblado por la mitad, con los ojos húmedos de las lágrimas provocadas por la risa, sus carcajadas resonarían en la casa y posiblemente habrían atraído a su madre de no estar acompañado.

Sí, Alec Mackinnon era todo un sabueso a la hora de arrancarle la información a alguien, ella lo sabía mejor que nadie ya que era incapaz de guardar un secreto si él se empeñaba en conocerlo también. Por fortuna, su progenitor solo recurría a tales extremos cuando algo le preocupaba y estaba claro que su rápida deserción unida a la inesperada visita del

«infame prometido» era una casualidad demasiado grande para ser ignorada.

—Si lo supiera tú y yo no estaríamos ahora mismo aquí, sino delante de un párroco sellando los votos matrimoniales por la iglesia —le dijo con sorna—. No, él no tiene la menor idea de que mi prometida, ya no es solo mi prometida, sino que también es mi esposa... según las antiguas costumbres escocesas.

Ella puso los ojos en blanco, no pensaba entrar de nuevo en la misma discusión. Por suerte, al menos Catriona no estaba enterada de la última locura llevaba a cabo por su hija. Si su madre llegase a descubrir que se había casado con ese maldito escocés por el rito de la unión de manos la suposición de Connor en relación a su progenitor palidecería en contraste con el de la suya propia; su madre estaba muy apegada a las tradiciones e insistía en cumplir con ellas a rajatabla.

—Espero que papá sea capaz de mantener la boca cerrada frente a mi madre —murmuró con un ligero escalofrío—. O será el fin del mundo.

Él se giró hacia ella con cierta diversión.

—Hablas de tu madre como si fuera la mismísima Morrigan —comentó recogiendo la bolsa que había dejado caer para luego posar la mano en la parte baja de su espalda e invitarla a entrar en la lujosa habitación—. Y la verdad sea dicha, mi suegra se asemeja más bien a un hada que a la diosa celta de la guerra.

Ella resopló y lo miró a los ojos.

—Ya has visto la que ha montado con todo este lío de la boda concertada —declaró con tono sombrío—. Dale un hueso en el que hincar el diente y no lo soltará hasta terminar con él.

Él se limitó a sonreír en respuesta, se adentró en la habitación y dejó la bolsa de mano sobre la mesa.

—En ese caso es una suerte que ninguno esté ahora lo suficiente cerca como para darnos lecciones o consejos de ningún tipo —le dijo en tono divertido.

Iona sacudió la cabeza y lo siguió, admirando el mobiliario y el moderno acabado que tenía el alojamiento. La habitación era bastante amplia, un espacio abierto que conectaba el comedor con el salón. Decorado en tonos negros, blancos y grises le daba un aspecto elegante, sobrio pero también acogedor. El detalle de un piano de cola negro en la esquina de la galería ponía el toque decadente.

—No me digas que además del señor de un gran castillo, también tienes dotes musicales —lo increpó en tono burlón.

Él siguió su mirada y sonrió de medio lado.

—La relación de los señores de Dunvegan con la música es un don bien conocido —respondió al tiempo que se movía sobre el piano y deslizaba los dedos por la lisa superficie—, con todo, yo debo ser la oveja negra de la familia porque no tengo ni oído ni habilidades musicales. Mi madre quiso que diese clases de piano cuando era niño, a los dos días de empezar, el piano acabó inexplicablemente con gran parte de las cuerdas rotas... Lo siguiente que intentó, fue la gaita escocesa —sonrió como si estuviese recordando una gran hazaña de su juventud—. Aún hoy en día mi madre se crispa cada vez que oye el sonido de una gaita cerca...

No pudo evitar sonreír ante el descaro con el que lo decía.

—Así que, de niño eras algo parecido a un terrorista en miniatura —le soltó.

Él se rio con ganas.

—En absoluto —respondió y le dedicó un guiño—. Solo era un niño más... con mucha imaginación e ímpetu.

Volvió a acariciar el piano.

—A pesar de todo, este instrumento tiene también otras posibilidades —aseguró al tiempo que deslizaba una sensual mirada sobre ella—. Veamos si puedo arrancarle algunas notas que merezca la pena ser escuchadas.

Antes de que pudiese comprender el doble significado de sus palabras, se vio enlazada por la cintura y encaramada a la superficie el piano con él entre sus piernas mientras la besaba hasta hacer desaparecer de su mente cualquier clase de pensamiento racional.

Connor se relamió al ver al objeto de su deseo desaliñado y sexy sobre la superficie del piano. Con la falda remangada por encima de los muslos, la blusa abierta dejando a la vista el coqueto sujetador color borgoña, era una visión de lo más apetitosa. Se abrió paso entre sus piernas, en aquella posición tenía total acceso al voluptuoso cuerpo que lo enardecía. Los pechos llenaban las copas de encaje, los pezones eran dos puntas maduras empujando contra la tela y lo atraían como el agua a un sediento. Deslizó perezosamente la mirada sobre la blanca piel y se dijo una vez más que solo era sexo; si tan solo fuese capaz de creérselo.

Empezó a sembrar un lento recorrido de pesos y caricias, le mordisqueó la barbilla, el cuello, prodigó pequeños toques en la unión de la clavícula y descendió hasta los llenos pechos que no dudó en acunar en las manos para luego succionarle un pezón en la boca mientras estimulaba el otro con el pulgar.

—Apuesto a que nunca has asistido a un concierto igual —murmuró para luego succionar la carne en el interior de la boca. La tela se humedeció bajo cada caricia y el pequeño brote se endureció—. Esta es sin duda mi pieza de piano favorita.

Ella gimió en respuesta y arqueó la espalda. Las manos, que descansaban a ambos lados del cuerpo ascendieron hasta hundírsele en el pelo con suavidad.

—Si todos los concertistas tocaran de esta manera, las salas estarían mucho más llenas —tuvo que admitir—. Pero más te vale tener intención de terminar la pieza o te pillarás los dedos...

Se rio contra la sedosa piel y ascendió una vez más sobre su cuerpo hasta detenerse sobre los labios. Sabía que la había dejado excitada y necesitada cuando abandonó la tienda aquella mañana, una pequeña venganza por haberlo hecho correr tras ella. Sopló sobre la boca abierta, la escuchó gemir y esquivó el beso que ella quería reclamar para deslizarse ahora por la columna del cuello y comenzar de nuevo es descenso.

—Prometo llegar al final de la pieza... incluso estaría dispuesto a un bis... si lo pides adecuadamente —aseguró con voz ronca al tiempo que le deslizaba los tirantes del sujetador de los hombros aflojando así la tela de la prenda interior que, al contrario que las que había utilizado hasta ahora, se abría desde atrás—. Prefiero tus otros conjuntos, son mucho más útiles.

Con un pequeño tirón hacia abajo liberó los pechos de las copas de la tela y procedió a lavarlos con la lengua.

—Por eso me puse este —farfulló ella estremeciéndose bajo él.

Sonrió ante el tono satisfecho en su voz y respondió succionando la dura cúspide en su boca para luego rodearla con la lengua.

—Oh... joder... —gimió arqueándose bajo él, ofreciéndose a sí misma como banquete.

Soltó la húmeda carne con un suave *plop* y se lamió los labios sin dejar de mirarla. No le sorprendería si la lujuria que sentía se le reflejaba en los ojos porque la deseaba. Intensamente.

—Sí, joderte es justo lo que tengo en mente —gruñó y le besó el otro

pezón—. Quiero devorarte y hacerte gritar. Follarte rápido y fuerte, derramarme dentro de ti y hacerlo otra vez pero suave, tomándome mi tiempo. Y tú vas a permitirme hacerlo.

Ahora fue el turno de ella de reírse y por primera vez escuchó el sonido real, sin ironía ni otras emociones que lo enmascararan.

—Sin duda el ego es proporcional a tu tamaño, escocés.

Emitió un bajo sonido que bien podría ser una afirmación.

—Por una vez, te daré la razón —respondió succionándole la piel una vez más.

Se cernió sobre ella, apuntaló ambos brazos a los costados y presionó la pelvis contra ella. El piano protestó bajo ellos con discordantes notas pero no le prestó atención, todo lo que quería lo tenía allí, tendido sobre la tapa del instrumento, medio desnuda y a su merced.

Abandonó los sensibilizados pechos y descendió sobre ella, la lamió con fruición, saboreándola como si fuese una fruta madura, le hundió la lengua en el ombligo haciéndole cosquillas y secundó aquellas húmedas caricias con las manos.

La tela de la falda se arremolinaba ahora alrededor de las caderas, dejando a la vista una sexy braguita a juego con el sujetador a través de la cual podían apreciarse los oscuros rizos que le cubrían el sexo. Le besó la línea que marcaba la cinturilla de la prenda, alternó las caricias lamiéndole la cara interna de los muslos sin llegar a tocar en ningún momento el húmedo centro. Ella no tardó en responder, la habitación se llenó de gemidos y palabras ininteligibles que acompañaban las notas que sus movimientos arrancaban al teclado del piano creando una sinfonía propia.

Ya había descubierto antes que era una mujer muy sensible y receptiva, sus reacciones a menudo eran desnudas, descarnadas y tan sinceras que se afanaba por ocultarlas sin éxito. Le gustaba verla así, desnuda ante él y no solo en cuerpo. Deslizó los dedos por encima del encaje que le cubría el pubis, bajó y acarició la parte de la tela que ya estaba oscura por la humedad que manaba de ese dulce coñito. Se relamió interiormente, visualizándose ya devorándola una vez más; al parecer aquel se había convertido en su pasatiempo favorito. Siguió adelante y hundió un dedo entre las nalgas para terminar sonriendo con apreciación.

—Siempre me han gustado los tangas —murmuró al tiempo que enganchaba el encaje con el dedo y tiraba de él haciendo que la tela le comprimiera el sexo—. Oh, sí, me gustan mucho.

Ella gimió en respuesta y alzó las caderas buscando más de lo que le daba.

—Olvídalo, todavía tienes que devolverme las bragas que me quitaste —rezongó ella retorciéndose contra él—. Oh, deja de hablar y quítamelo de una maldita vez.

Tiró con fuerza del tanga una vez más, incrustando la tela en la hinchada carne un segundo antes de aflojar la maliciosa tortura y proceder a arrancárselo. Enganchó un par de dedos y tiró de la prenda haciéndola rodar sobre las caderas, acariciándole los muslos y las rodillas en el proceso hasta que se lo quitó por completo y lo lanzó por encima del hombro.

—Ah, que dura es la vida de un hombre —murmuró al tiempo que deslizaba ahora la mirada por la desnuda parte inferior de su cuerpo—. Pero tengo que reconocer, que todo trabajo tiene su recompensa.

Las manos hicieron el camino a la inversa, empezando desde los tobillos, deteniéndose en las rodillas para finalmente recabar en la tierna unión de los muslos dónde se dedicó a acariciarla y extender la humedad que brillaba en el rojizo sexo.

—Um... mojada, muy mojada —ronroneó deslizando un dedo sin previo aviso en su interior. La sintió tensarse a su alrededor solo para relajarse al instante con un agónico gemido. Satisfecho, empezó un delicado movimiento de vaivén que pronto la tuvo gimoteando.

—No hables... —rezongó ella—. Solo fóllame.

Chasqueando la lengua en respuesta ante tan febril demanda, unió un segundo dedo al primero, penetrándola y ensanchándola lentamente, recreándose en cada pequeña sensación y esos sonidos de placer que escapaban de los labios femeninos.

Si había algo que le gustaba incluso más que follar, era ver como una mujer se retorció de placer por sus atenciones, y verla a ella era incluso más excitante de lo que jamás previó. Hizo a un lado los peregrinos pensamientos y se centró en el momento y en el disfrute de ambos. Para él ya lo era verla excitarse con cada caricia, con cada acometida de los dedos que desaparecían en su interior.

—Estás empapada, Iona —murmuró con un gruñido de placer—. Tu coñito se aprieta alrededor de mis dedos de la forma más dulce. Está hambriento de sexo.

Ella no contestó, tampoco hacía falta que lo hiciera, su cuerpo era

mucho más sincero que cualquier frase airada que con seguridad le brotaría de la boca.

—Y no es el único —aseguró incapaz de ocultar el hambre que él mismo sentía de ella—. Me muero por enterrarme en él y follarte hasta que todo en lo que puedas pensar es en correrte.

Ella se arqueó bajo sus caricias, alzó las caderas en una muda invitación que no dudó en aceptar. Se llevó la mano libre al pantalón y lo desabrochó permitiendo que se le deslizara por las caderas, los calzoncillos apenas podían contener la erección que pugnaba por escapar de la prisión impuesta por la tela.

—Pues hazlo, por amor de dios, solo hazlo —gimoteó ella retorciéndose bajo él—. Por favor...

Una perezosa sonrisa le curvó los labios, hizo a un lado la tela elástica de la ropa interior y al instante el duro pene saltó grueso y listo para la acción.

—Tus deseos son órdenes para mí, *caileagh* —declaró cerniéndose sobre ella para devorarle la boca durante un instante—. Ahora, sé buena y grita para mí.

Retiró los dedos de su interior y la cogió de las caderas, arrastrándola sobre la superficie del piano hasta que quedó con el trasero en el borde y las largas piernas envueltas alrededor de la cintura. Dirigió el excitado pene a la húmeda entrada y la penetró de una sola estocada. Ella se arqueó bajo él, los muslos se ciñeron alrededor de su cintura y gimió.

—Sí, deliciosa y apretada —graznó sin poder contenerse—. Dios, esto es bueno, tan bueno...

Ella tembló bajo él, sacudió la cabeza sobre la lisa superficie y se llevó una mano a la boca como si quisiera ahogar un quejido. No se lo permitiría, quería escucharla, quería aquellos pequeños sonidos para él; no lo privaría de ellos.

Entrelazó las manos en las de ella, las elevó por encima de la cabeza y las mantuvo allí con una de las suyas mientras se retiraba y volvía a embestirla arrancando en el proceso nuevos sonidos de las cuerdas del piano.

—Mírame —le dijo fijando los ojos en los suyos—. No apartes la mirada, quiero ver la lujuria en tus ojos mientras te poseo, el deseo y la liberación cuando te corras.

La vio lamerse los labios, incluso se ruborizó pero no apartó la mirada.

—Eres preciosa, Iona —aseguró sin dejar de mirarla, cada frase acompañada de un movimiento de cadera—, una pequeña hada salida de otro mundo para hechizarme.

Y lo era, así era como él la veía, se dio cuenta, como un hada... y al igual que su antepasado, fue incapaz de no enamorarse de ella. Sacudió la cabeza atónito por la propia reflexión, la hizo a un lado y se concentró en el momento y en la mujer que tenía bajo él, una hembra a la que deseaba con locura y a la que necesitaba marcar una vez más como suya.

Se retiró solo para volver a embestirla, la montó con frenesí, uniendo sus cuerpos una y otra vez, arrancando de su garganta febriles resuellos que se unían a las notas del piano. Esto era lo que quería de ella, nada más, tenía que olvidarse de aquella estupidez romántica, Iona solo era sexo para él — sexo del bueno—, y nada más.

—Connor —jadeó su nombre con aquella cadencia que imprimía a su voz cuando estaba más allá de la excitación. La mirada clara nunca abandonó la suya, en aquellos ojos podía contemplar el placer que la embargaba, una emoción desnuda y descarnada que también habitaban en él—. Connor...

La besó, le reclamó la boca con la misma desesperación con la que poseía su cuerpo, enredó la lengua con la de ella y disfrutó de su sabor y de la sensación de los suaves senos frotándose contra el pecho desnudo.

La poseyó con frenesí, impulsándolos a los dos a la liberación final.

—Mírame —le ordenó rompiendo el beso en un bajo gruñido—, quiero ver el placer en tu rostro cuando te corras.

Y ella lo hizo, le sostuvo una vez más la mirada, se retorció bajo él pero no apartó los ojos y entonces lo vio: el descarnado placer y la suave aceptación.

—¡Connor! —gritó arqueando la espalda, pegándose más a él.

La cálida funda que lo envolvía se apretó a su alrededor al compás de los estremecimientos de la inminente liberación y antes que pudiese dar cuenta de su propio placer, se enterró profundamente en ella un par de veces más y se corrió con su nombre resonándole en los oídos.

—Bien, ¿quieres un bis o lo dejamos para después de la cena?

El suave maullido que abandonó los labios femeninos lo hizo sonreír, se deslizó de su interior y la besó con ternura.

—De acuerdo, entonces yo me encargaré de la cena mientras tú te das una ducha y te pones cómoda —le susurró al oído. Se arregló los

pantalones y tiró de ella para ponerla en pie.

Los ojos claros de Iona se posaron sobre los de él, su rostro estaba sonrojado, los labios hinchados y los apetitosos pechos de duros pezones se bamboleaban al compás de sus movimientos ahora que estaban libres del sujetador.

—Y será mejor que lo hagas pronto, *caileagh*, a no ser que quieras saltarte la cena y que vayamos directos al postre.

A juzgar por la manera en que se lamió los labios, se enderezó y le dio la espalda, supo que el postre tendría que esperar.

## CAPÍTULO 6

Nadie podía acusarla de no ser políticamente correcta, pensó Iona sentada a la misma mesa que Connor, disfrutando de una cena a base de sándwiches, una selección de quesos y patatas de bolsa. Después de una ducha rápida había abandonado el baño para encontrarse con la opípara cena dispuesta en la mesa del comedor, una cara botella de vino era la única lujosa concesión a la noche.

—Puedo escuchar los engranajes de tu cerebro desde aquí —le dijo al tiempo que tomaba un sorbo de la copa que les sirvió a ambos al principio de la cena—. Si lo dices en voz alta, me ahorrarás tener que preguntar.

Enarcó una delgada ceja y lo miró.

—Eres libre de preguntar lo que quieras, otra cosa es que vayas a obtener respuesta —aseguró. Le dio un mordisco al panecillo untado de queso y nueces y lo saboreó.

Los labios masculinos se curvaron con ese gesto entre irónico y divertido que empezaba a conocer muy bien.

—Si practicabas a menudo este juegucito con el tipo que apareció por la tienda, no es de extrañar que terminarás aburriéndote de él —le soltó—. Especialmente si utilizaba siempre ese tono aburrido y condescendiente. ¿Era lo suficiente interesante en la cama como para que aguantaras tanto a su lado?

Ella entrecerró los ojos, tragó el bocado que estaba masticando y tomó un sorbo de vino.

—Ten cuidado, Connor, acepté venir aquí contigo, no ser insultada por ti —le advirtió—. Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo.

Él puso los ojos en blanco.

—Eso díselo al whisky —ronroneó—. Empiezo a recuperar ciertas partes de aquella noche, partes interesantes... y otras no tanto.

Se tensó ante tal sugerencia. Ella era incapaz de ir más allá de lo que ya recordaba, los breves retazos de tiempo que faltaban en aquel

rompecabezas se habían ido por completo y sabía que nunca los recuperaría. De hecho, era una suerte que recordase tanto.

—¿Confesé asesinar a alguien?

La inesperada pregunta hizo que sus labios se estiraran en una provocadora sonrisa.

—Nada tan truculento como eso, *caileagh* —comentó. Tomándose un momento cogió un pedazo de queso y se lo llevó a la boca—. Aunque por dios que eres parlanchina con unas cuantas copas de más encima.

Dejó la suya en la mesa como si esa aseveración pudiese pegarse al vino.

—Y eso debe ser algo que encuentras inusual en una mujer —se encogió de hombros—, o quizás confesé el lugar en el que los *Leprechaun* ocultaron su olla de oro. Eso explicaría el absurdo hecho de que hayas cruzado un océano para cenar bocadillos y queso conmigo.

Él se rio.

—Buen intento, pero esos hombrecillos de barba pelirroja y trajecito tirolés verde son irlandeses —le informó—. En cuanto a la cena, nunca dije que fuese un chef.

Ignoró la respuesta y fue directa al punto que le interesaba.

—¿A qué has venido, Connor? —preguntó sin rodeos—. O tienes un ego inmenso que no permite que una mujer te deje plantado o has desarrollado alguna clase de absurdo fetichismo conmigo.

A juzgar por la expresión que le cruzó el rostro tales suposiciones le hacían mucha gracia.

—Al parecer mi ego solo se ha visto afectado por el hecho de que mi «esposa» tenga una dramática inclinación al escapismo.

Frunció el ceño.

—No soy tu esposa.

Ahora fue su turno de mirarla con exasperación.

—Sí, lo eres.

Maldito escocés tozudo.

—Ese matrimonio no es legal.

Se encogió de hombros.

—Y en cambio, aquí estamos, peleándonos como recién casados.

Aquello ya era demasiado.

—No has respondido a mi pregunta, ¿por qué yo?

Él se inclinó ahora contra el respaldo de la silla y se tomó unos momentos para contemplarla.

—No lo sé —aceptó al fin—. Quizá se trate de la maldición de los Macleod de Dunvegan.

Parpadeó varias veces ante la absurda respuesta.

—¿Ahora vas a echarle la culpa a una maldición?

Se encogió de hombros.

—Al parecer, los jefes del clan están condenados a caer rendidos a los pies de las hadas —comentó con tono divertido—. Aunque tú serías el hada más gruñona y tozuda de todo el *sidhe*.

No pudo evitar rodar los ojos.

—Habló el Señor de los Eufemismos —rezongó y sacudió la cabeza—. De acuerdo, no me lo digas... quizá la ignorancia sea una bendición en este caso.

Él sonrió.

—Quizá el deseo sea el único culpable —hizo caso omiso a su comentario y prosiguió—. ¿No te parece?

Lo miró a los ojos y se estremeció por dentro ante el desnudo y crudo deseo que vio en ellos. Una mirada suya y todo el cuerpo le vibraba dispuesto a entregarse al disfrute de la carne.

—¿Recorrer miles de kilómetros por culpa del deseo? —se burló—. Te tenía por alguien más inteligente y cabal.

De nuevo aquel despreocupado encogimiento de hombros.

—Entonces culpemos al matrimonio —volvió al punto inicial—. Y al hecho de que soy un escocés territorial y con necesidades exclusivas que solo pueden ser atendidas por mi díscola y fugitiva esposa.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no echarse a reír.

—Vuelve a decir eso con el kilt puesto y una enorme espada en la mano, y te envío al centro de recreación histórica escocés más cercano para que aprecien de primera mano el poder y engreimiento masculino de un *Highlander* —lo retó con sorna—. Ay, Connie, casi me convences... casi.

Él arqueó una ceja y la miró con obvia sorpresa al escucharle llamarle con ese diminutivo.

—Déjame adivinar, así era como te llamaba tu abuela —sonrió divertida. A pesar de todo, disfrutaba de esas escaramuzas con él.

Negó con la cabeza.

—No, ella me llamaba mocososo —aceptó frotándose el mentón con el pulgar—. No es un diminutivo que suelen aplicarme, pero me ha gustado oírlo de tus labios.

Las palabras le volaron de los labios antes de poder pensárselo mejor.

—Entonces no volveré a utilizarlo.

La vehemencia con la que dijo aquello arrancó una verdadera carcajada a su amante, quien cogió de nuevo la copa y terminó el contenido de un solo trago.

Un cómodo silencio se instaló entre ellos mientras él se preparaba otro panecillo con queso y le añadía unos frutos secos.

—¿Por qué Nueva York? —la sorprendió con la pregunta—. ¿Por qué una tienda de decoración?

Ella optó por seguir su ejemplo y cogió uno de los sándwiches cortados en triángulos.

—¿Por qué debería de responder a cualquiera de tus preguntas?

Él sonrió, tomó un bocado y masticó lentamente.

—Porque esa es la finalidad que tiene hacerlas.

Vaya una estúpida respuesta, pensó ella.

—De acuerdo, te propongo un juego.

El rápido cambio de estrategia la descolocó un poco. Entrecerró los ojos con sospecha sobre él.

—¿Qué clase de juego?

A juzgar por la mirada de lujuria que resbaló sobre su cuerpo sería algo que no iba a gustarle del todo. ¿Verdad?

—Uno que te deje totalmente desnuda para que pueda disfrutar de las vistas... y lo que surja —declaró con total intención—. Y conociéndote, creo que es algo que conseguiré en menos de cinco minutos.

No pudo hacer menos que reír.

—Tu arrogancia no conoce límites, escocés.

Se pasó la lengua por los labios en un gesto tan sensual que su cuerpo reaccionó al instante. Podía notar los pechos pesados, la incipiente humedad entre sus piernas... Maldita sea, ese hombre era capaz de ponerla caliente con tan solo su presencia.

—El juego es el siguiente —ignoró su comentario y siguió con lo que era su principal interés—. Te haré una pregunta y al mismo tiempo te daré dos opciones: responder o quitarte una prenda.

Sí, arrogante hasta las últimas consecuencias.

—¿Y si me niego a jugar?

Tenía una cierta satisfacción desafiario en aquellas pequeñas escaramuzas.

—Entonces te desnudaré yo mismo —aseguró al tiempo que se lamía una vez más los labios—. Estoy seguro que tus pezones estarán incluso más deliciosos untados con un poco de queso crema.

La imagen que penetró en su mente la dejó temblorosa y sin palabras y a juzgar por la mirada risueña que apareció en los ojos de Connor era la respuesta que buscaba.

—Y para que no digas que juego sucio, te daré la misma oportunidad conmigo —ofreció—. Pregúntame lo que quieras... y si no te contesto, puedes disponer de una prenda.

Iona tenía un importante conflicto de intereses en aquellos momentos, pues lo que más le apetecía era mandarlo a paseo, recoger la bolsa de viaje que había traído consigo y dejarlo de nuevo plantado. Pero la idea de volver a la improvisada cama en la trastienda y la soledad de aquel cuarto la empujaban a permanecer con él.

Cuando regresó a Nueva York, a su hogar, lo hizo con el pensamiento de que las cosas podrían arreglarse. Estaría de nuevo en un ambiente conocido, podría retomar las riendas de su vida y seguir adelante como si nada hubiese ocurrido... No era así. Ella no era la misma mujer que había dejado los Estados Unidos unas semanas atrás y el culpable de ello se encontraba sentado al otro lado de la mesa. Su ruptura con Josh, la inesperada añoranza que sentía ahora por su lugar de nacimiento, por su familia... si bien todo aquello siempre estuvo allí, desde que Connor irrumpió en su vida todo se había masificado hasta el punto de preguntarse dónde estaba ahora su bien construida vida.

Ese hombre era el culpable de su actual estado y a pesar de ello, en aquellos momentos no quería estar en ningún otro lado que en ese preciso lugar.

—Y bien, Iona, ¿hay trato?

Se lamió los labios, ¿qué podía perder?

—De acuerdo —aceptó y se acomodó en la silla—. Dispara, haz tu primera pregunta y veremos cuanto tardas en cansarte.

Connor tuvo que reprimir una sonrisa cuando la vio quitarse a regañadientes el sujetador y tirarlo con un gesto de mal humor sobre el montón de ropa que yacía a un lado de la silla. Se obligó a tragar el gajo de naranja que tenía en la boca mientras degustaba con la mirada la

voluptuosa figura de su amante.

Iona había sido hermética, no, lo siguiente, las pocas respuestas que obtuvo de ella eran tan inofensivas que no le suponían un esfuerzo, pero lo demás... La muchacha se negó a dar detalle alguno sobre su vida, su relación con el imbécil que apareció esa mañana en la tienda estropeando un momento perfecto, pero la forma en que se había negado no tenía que ver con la negación de información y si mucho con el sentirse vulnerable frente a otras personas. Incluso ahora, totalmente desnuda a excepción de un breve tanga, poseía esa mirada combativa que le decía que se negaría una vez más a responder si seguía con el mismo curso de acción. Él por su parte, solo se había desprendido del suéter y fue más por hacerle un favor a ella que por que le molestara responder a la pícara pregunta que le hizo.

—¿Todo o nada, *caileagh*? —la incitó a un último desafío.

Se cruzó de brazos, pero más que ocultar los pechos consiguió que estos se alzasen y apretujasen de forma succulenta.

—Has querido mis bragas desde el principio —rezongó malhumorada—. Tienes un fetichismo horrible con mi ropa interior... todavía estoy esperando que me devuelvas mis Victoria Secret.

Sonrió, no podía evitarlo.

—Prometo llevarte a esa dichosa tienda y comprarte un conjunto nuevo si dejas de pedir las —ronroneó—. Son mi pequeño trofeo, déjame disfrutar de él.

Ella puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, escocés, dispara —resopló con cansancio—, y acabemos con esto.

Se lamió los dedos para retirar los restos de queso que le habían manchado las yemas y la miró.

—¿Volverías conmigo a Escocia si te lo pidiese, Iona? —preguntó sorprendiéndola tanto a ella como a él mismo con aquella línea de pensamiento—. ¿Serías capaz de dejar de asumir el riesgo y vivir una aventura?

La sorpresa se le reflejó en el rostro, los labios se movieron como intentando articular alguna palabra pero de ellos no surgió sonido alguno. Pudo ver como apretaba los brazos en torno a sí misma, como temblaba para por fin enderezarse y hundir ambos pulgares en el elástico del tanga para hacerlo resbalar por los muslos hasta quitárselo y quedar gloriosamente desnuda delante de él.

—Tú ganas —declaró con gesto desafiante.

Dejó la silla que no había abandonado en todo el juego y caminó hacia ella. Iona no se movió un solo centímetro, incluso le sostuvo la mirada.

—No, lo —negó—. En este juego no hay ganadores ni perdedores —le acarició la mejilla con los nudillos—, y esa pregunta seguirá estando ahí durante todo el fin de semana, así que ve pensando en la respuesta.

Bajó la boca sobre los abiertos labios y se bebió el suspiro que pugnó de ellos.

—Pero ahora, vamos a disfrutar de otra clase de juegos —le dijo al oído. Le acarició la oreja con la nariz—. Tenemos una terraza abierta con unas vistas magníficas, la noche es cálida... y me muero por follarte en ella y enseñarte las estrellas.

La sintió dar un respingo ante tal sugerencia, incluso se apartó para mirarle a los ojos como si pensase que bromeaba.

—No puedes decirlo en serio.

Una juguetona sonrisa le curvó los labios.

—Claro que puedo, *caileagh* —aseguró recuperando la chaqueta de punto que se puso tras la ducha para ponérsela de nuevo sobre el cuerpo desnudo y darle una vuelta al cinturón—. Estoy a punto de hacerlo. Además, no es como si no lo hubiésemos hecho ya en lugares igual... de divertidos.

No le permitió hablar, se limitó a tirar de ella en dirección a la terraza con toda clase de lujuriosas intenciones en mente.

## CAPÍTULO 7

Tenía que haber perdido la cabeza por completo en algún momento de las últimas horas, posiblemente cuando permitió que la arrastrase al interior de la trastienda y se la follara sin mayores preocupaciones, o cuando la subió encima del piano y se dedicó a devorarla, o quizá cuando aceptó ese estúpido juego que la dejó como dios la trajo al mundo. La repentina pregunta la había cogido por sorpresa, pero no más que la aseveración final que dejaba pospuesta la respuesta a la misma.

Echó un vistazo alrededor y se estremeció, tanto por el frescor de la

noche como por la sensación pecaminosa de estar haciendo algo indebido. ¿Y si alguien los veía?

«¿Te preocupó eso mientras follabas con él contra un árbol en medio de ningún sitio?»

Se lamió los labios y observó como él se deshacía de la camiseta, los músculos que componían el torso masculino se ondularon con cada uno de los movimientos consiguiendo hacerle la boca agua. El botón de los vaqueros siguió a su perezoso striptease pero se detuvo ahí, con las piernas separadas y afincadas en el suelo como un capitán manteniendo el equilibrio sobre la cubierta del barco.

Se estremeció, no sabía si por el frío o en anticipación a lo que estaba por venir, paseó la lengua por los labios y se encontró con los claros ojos que prometían toda clase de lujuriosos pecados.

—La noche está fresca, pero te prometo que pronto entrarás en calor — aseguró cerniéndose sobre ella hasta que terminó con el trasero pegado a la balaustrada de hierro que la separaba de una caída monumental. Gracias a dios que no tenía miedo a las alturas.

Se pasó una vez más la lengua por los labios en un gesto de nerviosismo.

—Y tú siempre cumples lo que prometes, ¿no?

La sonrisa que jugueteó en la boca masculina fue suficiente respuesta. Maldito fuera.

—¿Contigo? —le dijo mientras le soltaba el nudo del cinturón—. Siempre. De otro modo, no me habría casado contigo.

Antes de que pudiese responder ante la pulla que le lanzó, se vio asaltada por su lengua. Le devoró la boca con hambre, recreándose en su sabor mientras las fuertes manos le moldeaban el cuerpo y se deshacían de la única capa de tela que protegía su desnudez.

Notó como la chaqueta caía a sus pies un instante antes de que las grandes manos le apretaran las nalgas acercándola a él, pegándola a su pelvis de modo que notase la dura erección que dibujaban los pantalones.

Gimió en la pecaminosa boca, dejó que la devorara y respondió con igual intensidad; algo en ese hombre la incitaba a ponerse a su altura, a demostrarle que ella era igual a él incluso en el sexo.

—Abre los brazos y apoya las manos en la barandilla —le susurró rompiendo el beso. Los ojos le brillaban con sensual intensidad, aumentando el poder de las palabras—, y separa las piernas... quiero saborear el postre.

No entendía cómo podía estar deseando arrancarle la cabeza en un momento, traspasar la puerta y no volver a verle más y al siguiente derretirse como un helado en sus manos.

«¿Volverías conmigo a Escocia si te lo pidiese, Iona? ¿Serías capaz de dejar de asumir el riesgo y vivir una aventura?».

Esa manera de pensar, de plantear las cosas era tan ajena a ella y al mismo tiempo casaba perfectamente con la extraña relación que los unía. Connor había hecho varios miles de kilómetros en avión solo para recordárselo, para hacerle aquella proposición, pero, ¿podía darle ella una respuesta?

Se estremeció al notar la fría superficie bajo sus dedos, dio un respingo y echó un vistazo hacia atrás como si quiera asegurarse de que el lugar era lo suficiente seguro para dedicarse a esa clase de juegos.

—Deja de pensar, Iona —le escuchó. Giró la cabeza hacia él y lo miró—. No permitiré que te pase nada. Si esto supusiera algún peligro para tu integridad física, no lo habría propuesto.

Echó un último vistazo y se permitió sucumbir al morbo y a la creciente necesidad que ya le humedecía el sexo. Cerró los dedos alrededor del metal y separó las piernas permitiendo que el aire de la noche le acariciase los calientes pliegues.

—Buena chica —la premió él besándola suavemente en los labios.

Las manos resbalaron entonces por su cuerpo, los dedos dejaban caricias de fuego allí dónde se posaban y aumentaban el deseo. Le acarició la clavícula, los pechos, se entretuvo unos segundos tironeando de las hiniestas cúspides para luego lavarlas con la lengua, jugó alrededor del ombligo y la hizo saltar cuando hundió el caliente músculo en el hueco antes de deslizarse hasta terrenos más excitantes.

El aire se le escapó de los pulmones en el mismo instante en que la lengua masculina se arrastró por el sensible e hinchado sexo, los dedos se hundieron en sus muslos desde atrás y la instaron a abrirse más para él y la hambrienta boca que empezó a devorarla con fruición.

La lavó a conciencia, succionó su tierna carne en la boca y la penetró con los dedos desde atrás. Todo el cuerpo respondía con ardiente necesidad, se estremeció y apretó los dedos alrededor del soporte para evitar salir disparada cuando le acarició el clítoris con la lengua.

—Señor —gimió echando la cabeza hacia atrás, descubriendo sobre ellos el cielo estrellado.

«...*Y enseñarte las estrellas*».

Quiso reír al recordar aquellas palabras. Imaginaba que no se refería a esa clase de estrellas pero el cambio era demasiado hermoso para desecharlo.

Apretó los ojos y gimió cuando la succionó con fuerza, se le tensó el sexo alrededor de los dedos que seguían alojados en su interior, aumentando el placer que provocaban las continuas lamidas. No le importó dejar salir más gemidos y pequeños gritos de placer, difícilmente iban a escucharla allí arriba; el saberse desnuda y a merced de ese hombre en la terraza de un ático neoyorkino era una fantasía tan decadente que le daba igual cualquier cosa con tal de hacerla realidad una sola vez.

Sentía los pechos pesados, le dolían los pezones por falta de atención y los labios se sentían vacíos sin sus besos, pero era incapaz de pedirle nada; la necesidad y el orgullo batallaban con fuerza en su interior sin lugar a tregua o cuartel.

—Con... —se encontró pronunciando su nombre entre pequeños gemidos—. Connor...

Él la recompensó aumentando la profundidad de las penetraciones, acompañando cada una de ellas con un pequeño toque de la lengua sobre el hinchado brote del clítoris. La peregrina mano que le acariciaba el trasero se hundió entre las mejillas hasta encontrar el fruncido orificio anal y añadió nuevas caricias que la hicieron ponerse de puntillas.

—Córrete para mí, Iona —la voz le llegó oscura y sexy a los oídos, entonces sintió el soplo de su aliento sobre la tierna y sensibilizada carne —, dame todo lo que tienes.

Y maldito fuera, lo hizo. Su cuerpo respondía a cada una de sus demandas como si no pudiese hacer otra cosa. El placer se incrementó en su interior, el sexo se constriñó alrededor de los largos dedos y se corrió con un agudo gritito mientras él se bebía su orgasmo a lametones aumentando la sensación los estremecimientos que la sacudían por completo.

Cuando pensó que ya no podría mantenerse más en pie, él la abandonó con una última pasada de la lengua, deslizó los dedos del interior de su caliente sexo y se los llevó a la boca, lamiéndolos como si fuese un delicioso caramelo. Ese gesto la derritió una vez más, se lamió los labios y contempló como se lavaba los dedos uno a uno con absoluta pereza.

—Eres deliciosa.

El tono grave que emergió de la garganta masculina la calentó de nuevo, el reciente orgasmo le había dado más hambre que saciedad y solo podía pensar en lo bien que se sentía tenerle enterrado entre las piernas.

—Más.

El pensamiento la abandonó antes de que pudiese recuperar el funcionamiento racional de sus neuronas. Los ojos masculinos se oscurecieron y la sonrisa que acompañó a la mirada en ellos prometía exactamente eso; más.

—No sé si debería darte más —se hizo de rogar. La recorrió con la mirada, devorándola centímetro a centímetro. Ya no sentía ni el frío que emanaba del desnudo cielo estrellado—. ¿Debería?

Dios, sí. Y más le valía hacerlo ahora mismo o de lo contrario, no respondía de sus propios actos. Demonios. Esta obsesión por él, por su cuerpo empezaba a rayar la locura y ahora no podía echarle la culpa a la maldita bebida.

Se lamió los labios y alzó la barbilla con terquedad escocesa; una que él conocía a las mil maravillas.

—Imagino que no habrás recorrido miles de kilómetros solo para quejarte de mí falta de compromiso —le soltó—, y proponerme una aventura contigo.

Él se rio sin ambages.

—La verdad es que no —aceptó al tiempo que la recorría una vez más con la mirada—. Pero quizá debas tener presente una cosa, lo. Si continúo, no podrás huir, no esta vez. Tendrás que quedarte todo el fin de semana. Ese es el trato.

Odiaba que fuese capaz de leerla tan bien.

—Acepté venir contigo, ¿no?

Él asintió.

—Sí —corroboró—. Por lo mismo, ahora quiero que aceptes y prometas que te quedarás todo el fin de semana.

En aquellos momentos estaba dispuesta a decirle cualquier cosa con tal de que continuase y la follase de una buena vez.

—De acuerdo —se acercó a él relamiéndose interiormente ante la posibilidad de lamer cada centímetro de ese magnífico cuerpo—. Me quedaré. Hasta el domingo. Después te irás, te olvidarás de todo este absurdo del matrimonio, compromiso y lo que sea y no volveremos a vernos...

Ya está. Lo había dicho.

Él la miró durante unos instantes en silencio y finalmente asintió.

—Hasta el domingo —aceptó sin dejar de mirarla a los ojos. Entonces acortó la distancia entre ellos, le acarició el rostro con los dedos y se inclinó para soplarle las palabras al oído—. Ya te lo he dicho, *caileagh*, esperaré tu respuesta hasta entonces, solo hasta entonces.

Abrió la boca responder pero todo lo que pudo hacer fue jadear cuando le dio la vuelta y la empujó suavemente contra una de las columnas que unía la barandilla a lo largo del balcón.

—Las manos a ambos lados —la instruyó guiando sus miembros a cada lado de la columna, dejando suficiente margen como para que su espalda se curvara y los pezones acariciaran la suave superficie marmórea—. Y disfruta de las vistas.

La sensación del roce de los vaqueros contra la parte posterior de sus muslos fue pronto sustituida por la del duro pene deslizándose sobre los húmedos pliegues, empapándose con la humedad que rezumaba del sensible coño en un lánguido movimiento de vaivén.

El movimiento hizo que sus senos se bambolearan al mismo tiempo, arrastrando los duros y sensibles picos a través de la helada superficie. La sensación era tan erótica e inesperada que no hizo más que aumentar el deseo en su interior.

—Voy a tomarte desde atrás —le murmuró entonces al oído, sus manos seguían sobre las de ella, impidiéndole moverse—, me clavaré profundamente en ese dulce y apretado coñito y te follaré hasta que supliques. Porque suplicarás, Io, te prometo que suplicarás.

Resbaló la henchida erección una vez más contra los húmedos labios y la penetró seguidamente hasta el fondo de una única embestida. Jadeó, alzó las caderas hasta ponerse de puntilla, arqueó la espalda y se presionó contra él mientras absorbía la miríada de sensaciones que le provocaba su duro sexo llenándola por completo.

—Sujétate, *caileagh* —ronroneó antes de morderle suavemente el lóbulo de la oreja—, y déjame oír esos dulces sonidos que surgen de tus labios cuando te follo.

Dulces no sabía, pero ruidosos, como los que más, pensó instantes después cuando se encontró incapaz de contener los gemidos. El sonido de la carne golpeando a la carne era la única sinfonía que acompañaba el erótico interludio, los involuntarios gemidos que intentaba por todos los

medios contener sin éxito —haría lo que fuera por llevarle a él la contraria —, formaban un inesperado coro mientras él se hundía una y otra vez en ella con fuertes y poderosas acometidas. Notaba los dedos clavados en las caderas, la larga y gruesa extensión de su sexo llenándola y tocándola hasta lo más hondo. El movimiento provocaba el incesante bamboleo de los colgantes pechos y contribuía a elevar el desquiciante placer.

—Con... Oh, maldito seas, Connor Macleod... dios...

No estaba segura de si aquello era una súplica o una maldición, pero tampoco le importaba demasiado, todo lo que quería era correrse una vez más, encontrar la ansiada liberación y arrastrar a ese maldito con ella. Quería que sucumbiera a ella como ella lo hacía con él, necesitaba saber que él no era el único que tenía el poder, quería sentir como se vertía en su interior, el goteante semen resbalarle por los muslos cuando por fin se vaciara en ella.

—Me gusta como pronuncias mi nombre —gruñó él con voz entrecortada. Podía notar el esfuerzo que le suponía hablar y aquello le gustó, le gustó saber que no era la única afectada por aquella retorcida locura que se le filtraba en la mente cada vez que él estaba cerca—. Grítalo para mí cuando te corras, Io, hazlo...

Ni por todo el oro del mundo pensó ella y apretó los labios como si de aquella manera pudiese evitar que cualquier palabra saliese.

—Tan caliente, tan apretada —le gruñó él al oído—. Me acoges profundamente, me atraes tan dentro de ti que puedo notar el golpeteo de mis pelotas contra tu húmeda carne.

Se estremeció, ese maldito tenía una habilidad única para hacerla perder la cabeza, con o sin whisky.

—Deja de hablar y córrete —acabó siseando al tiempo que cimbrea las caderas contra él.

Se rio, una risa ronca y profunda.

—Lo haré, tesoro, justo después de ti —ronroneó al oído. Le pasó la lengua por el arco de la oreja y la mordió sin previo aviso. El delicado pinchazo hizo que el placer que se construía en su interior reventase y la enviase directa a un nuevo orgasmo que no tenía nada que envidiar al anterior.

Él siguió introduciéndose en su interior, follándola sin piedad hasta que lo sintió tensarse a su espalda y hundir los dedos una vez más en sus caderas mientras se corría llenándola con su semen.

La cabeza todavía le daba vueltas cuando encontró de nuevo la respiración y dejó de oír los propios latidos del corazón en los oídos. Abrió los ojos lentamente para encontrarse abrigada entre los brazos de su amante, quien la mantenía sentada en su regazo, todavía unidos, en una de las sillas de mimbre en las que habían cenado antes.

—Eres la mujer más tozuda e irritante que he conocido en mi vida —le dijo de repente, pero no dejó de acariciarla como lo estaba haciendo—. Sin duda haces honor a la tierra que te ha visto nacer.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mira quien fue a hablar —musitó y se movió disfrutando de la sensación de tenerle todavía dentro de ella. Parpadeó al notar como el blando miembro volvía a endurecerse—. Diablos, ¿es que no te ha llegado con la cena?

Él se echó a reír y la apretó contra él.

—Soy un goloso —ronroneó hociqueándole el cuello con la nariz—. Y eres un postre lo suficiente apetecible como para que quiera repetir.

Y lo hizo, repitió durante toda la noche.

## CAPÍTULO 8

El sonido del agua de la ducha la despertó, se removió bajo las sábanas y farfulló algunas ininteligibles palabras contra la almohada a la que se abrazaba. Le llevó unos minutos situarse, el colchón bajo su cuerpo era demasiado blando en comparación con la dura colchoneta en la que dormía últimamente. Abrió un ojo a modo de tentativa y volvió a cerrarlo cuando la luz que inundaba el dormitorio le dio los buenos días. Bien, no se trataba de un sueño. No estaba tirada en el jergón que le servía de cama en la trastienda, y lo más importante, tampoco había quemado la única neurona que todavía le funcionaba volviendo con su ex, aunque puestos a analizar la situación, Iona no estaba segura de que estuviese en mejores circunstancias.

Connor Macleod. Ese hombre se había presentado la mañana anterior en la tienda de decoración, el verle allí fue tan inesperado como placentero y al mismo tiempo aterrador. Huyó de él para poner distancia y ahora despertaba en su cama, ¿en qué parte del camino había perdido por completo la cabeza?

Se giró y dejó caer el brazo sobre los ojos, la suave tela de la sábana le acarició la sensibilizada piel; estaba desnuda. Quizá lo inteligente sería abandonar el lecho, vestirse y salir como alma que persigue el diablo por la puerta... pero, para ir a dónde. Ese hombre le dejó muy claro que la deseaba allí dónde la tenía, se encargó de hacer de ello un decreto ley durante toda la noche y tampoco es que pudiese hacer mucho más que volver a la tienda y encerrarse allí a cal y canto.

Y eso no serviría de nada. Nada de lo que hiciera ahora mismo iba a cambiar la estupidez cometida, no existía un borrador mágico que pudiese devolverle la cordura y llevarse consigo el absurdo enamoramiento sentía hacia Connor Macleod. Esa era la estúpida realidad, estaba enamorada de un hombre al que había conocido en medio de una borrachera, con el que había retozado por gran parte del suelo de Skye solo para casarse con él

con dos pescadores como testigos por un rito que no tenía validez legal.

Le gustaba Connor, le gustaba borracho y sobrio. No lo admitiría ante él ni con otra botella y media de whisky encima —o en ese caso quizá sí—, pero había disfrutado de su paseo por el castillo de Dunvegan y la peculiar visita al invernadero y a los jardines. Y aquello era el peor error de todos, permitir que ese hombre le gustase más allá de un polvo, considerar tan siquiera por un momento su proposición.

«¿Volverías conmigo a Escocia si te lo pidiese, Iona? ¿Serías capaz de dejar de asumir el riesgo y vivir una aventura?».

No podía hacerlo. No podía asumir el riesgo. ¿Y si se perdía en el camino? ¿Y si se enamoraba todavía más de él? Connor distaba mucho de ser como Josh, ese hombre tenía voz y voto, tomaba sus propias decisiones, era lo suficiente intenso dentro y fuera de la cama como para amoldarse bien a alguien como ella... Él no renunciaría a su trabajo, no renunciaría a su país... y ella había luchado tanto por la independencia que ahora poseía.

El amor era un arma de doble filo, si no tenía cuidado, acabaría herida y en lo más profundo sabía que ese daño nada tendría que ver con la ausencia total de emociones que sentía por Josh y el hecho de romper con él.

«Quédate conmigo hasta el lunes».

Un fin de semana. Tres días. Eso era todo lo que le pidió cuando entró en su tienda y entonces anoche, él había ido más allá. Pidiéndole demasiado.

La sesión de pregunta-prenda que había iniciado como un juego se había convertido en un túnel demasiado profundo para ella. Connor quería ir más allá de su piel y cuerpo, deseaba entrar en su corazón y no estaba preparada para abrírselo a alguien más. ¿Por qué le podía costar tanto el simple hecho de responder al motivo de su decisión de mudarse a los Estados Unidos? ¿De qué era lo que había visto en alguien como Josh? ¿Si lo había amado alguna vez? Quizá el problema estuviese en que no tenía respuesta para esas preguntas o que la respuesta no fuese tan sencilla como debería serlo.

Resopló y se giró enterrando el rostro en la suave almohada para ahogar el grito de frustración que le brotó de la garganta. No podía dejarse llevar por esa corriente de frustración y miedo, necesitaba salir de nuevo a la superficie, recoger su ropa y salir por la puerta. Era una acción cobarde, lo sabía, pero si se quedaba el tiempo pactado las cosas podrían resultar mucho peor.

Con un suspiro hizo a un lado las sábanas, parpadeó varias veces intentando acostumbrarse a la luz que llenaba el dormitorio y lo recorrió

con la mirada en busca de sus cosas. La bolsa de mano permanecía en una silla al final de la habitación, al lado había una pequeña maleta de viaje que debía pertenecerle a él.

—Vamos, Io, ya lo has hecho antes, solo coge tus cosas y lárgate —se dijo en un intento de buscar el valor que parecía faltarle.

Suspiró y se obligó a abandonar la cama. Cogió la suave bata que había utilizado la noche anterior en los momentos en los que no estaban retozando sobre la alfombra, la mesa de la cocina, la pared, el sofá... y se la puso. La ropa que había perdido en el juego de la noche anterior estaba desperdigada sobre una butaca junto con la de él. La extrajo con cuidado, casi como si el tocar las prendas masculinas pudiese avisar a su propietario de sus intenciones. El pensamiento la llevó a mirar en dirección al baño, la puerta no estaba cerrada del todo lo que explicaba que el sonido del agua de la ducha la hubiese despertado.

Agua. Ducha. Su mente, todavía obnubilada por los excesos de la noche creo una imagen de lo más apetitosa. Todo su cuerpo respondió al instante, se le contrajo el sexo y se le endurecieron los pezones, la piel se le puso de gallina y empezó a tener problemas de salivación. Se obligó a tragar una y otra vez, pero no pudo evitar que sus piernas actuaran solas acercándola al lugar del que debía huir a toda prisa. Antes de que pudiese recuperar medio gramo de cordura que la hiciese funcionar con normalidad, vio el reflejo del cuerpo masculino librándose de la ropa a través del espejo del inmenso cuarto de baño. A juzgar por su estado de semidesnudez y los rastros de espuma que retiraba de la mandíbula, se había detenido a afeitarse antes de entrar en la ducha.

Tenía un cuerpo agradable de contemplar, qué diablos, Connor estaba como un jodido queso Manchego. Poseía un torso bien definido, cada músculo se marcaba al compás de los movimientos pero no de forma exagerada; ese hombre no tenía ni una maldita gota de grasa encima.

Se quitó el cinturón y lo depositó sobre un mueble, los dedos jugaron un momento con el botón del pantalón para deshacerse de él y posteriormente de la cremallera. Un segundo después había desaparecido de escena solo para regresar al momento con la dura tela de los vaqueros deslizándose — sin nada debajo—, por las caderas. Una orgullosa erección matutina hizo acto de aparición al instante.

Se lamió los labios y tragó ante el erguido pene que se alzaba entre el nido de rizos oscuros, un suave pinchazo de deseo la hizo apretar los

muslos y se pellizcó el labio inferior con los dientes para evitar gemir cuando los dedos masculinos se deslizaron por la suave columna de carne. Era incapaz de quitarle los ojos de encima, avanzó un par de pasos para tener una mejor visión del espejo, de los largos dedos que acariciaban con pereza el apetitoso miembro masculino.

Maldición. Quería hacerlo ella, quería que fuesen sus dedos los que rodearan la inhiesta polla, su boca quien lamiese la oscura cabeza y lo condujese en las profundidades de la garganta. Tragó saliva y se obligó a respirar de nuevo cuando salió del encuadre del espejo y oyó el sonido de la mampara de la ducha al abrirse aumentando el ruido del agua. Llegado a este punto, a Iona le hormigueaba todo el cuerpo preso de la excitación. Su desbordante imaginación creó una imagen de él en los confines del cubículo, con el agua caliente cayéndole por encima mientras se frotaba las manos con gel antes de resbalarlas por todo el cuerpo en una lenta caricia. El agua caliente se llevaría después los rastros de jabón solo para comenzar de nuevo.

Gimió y se llevó las manos a la boca en un desesperado intento por ahogar cualquier clase de reacción. El whisky le había provocado daños permanentes en el cerebro, no existía otra explicación para la locura que se apoderaba de su mente y el irrefrenable deseo que la empujaba hacia él en vez de hacia la maldita puerta y con suerte un agujero lo suficiente profundo como para que pudiese meterse dentro y que nadie la encontrase; especialmente él.

—¿Si ya has terminado de disfrutar del espectáculo, por qué no vienes a hacerme compañía?

La voz masculina atravesó la estancia y la paralizó en el sitio, la cara se le incendió y el corazón se saltó un latido. ¿Cómo diablos lo hacía? ¿Cómo era capaz de enterarse siempre de esas cosas?

—Um... buenos días —murmuró sin saber que más decir al sentirse pillada.

Escuchó su risa ahogada por el chorro del agua.

—Buenos días, *caileagh*—le dijo risueño—. Entra, la ducha es lo bastante grande para los dos.

Oh, sí. Tenía el cerebro para el desguace, no había otra respuesta que justificara el que hiciese lo que le sugería.

## CAPÍTULO 9

¿Por qué tenía que ser el baño tan lujoso como todo el maldito apartamento? Los azulejos en tonos azules y cobres brillaban por la humedad presente en el aire, estos se extendían del suelo al techo y rodeaban toda la habitación. La noche anterior había utilizado el baño situado en el pasillo, uno que si bien también era de lujo, hacía que este lo dejase a la altura del betún.

—Y yo pensando que solo había una triste ducha —murmuró con tono irónico.

La habitación era enorme no, lo siguiente. Un lavabo doble contiguo a la ducha, el WC, un par de coquetos armarios para las toallas, suponía y una enorme bañera—jacuzzi situada en el lugar más alejado del cuarto completaba la decadencia del mismo.

Connor no dudó en terminar con sus abluciones y salir tan deliciosamente mojado y cálido como parecía segundos antes para abrazarla y secarse al mismo tiempo que le empapaba la delgada bata. Le comió la boca, la ciñó por las nalgas y la apretó contra la dura erección que ahora quedaba anidada entre sus cuerpos.

—Tienes a precipitarte en tus conclusiones —le dijo al oído. Le lamió ese punto tras la oreja que la hacía estremecer y finalmente indicó el decadente jacuzzi con un gesto de la barbilla—. ¿Lo probamos?

La tentación era enorme, todo al lado de ese maldito hombre era tan tentador que le costaba resistirse y eso solo le decía que se estaba hundiendo más y más en el fango. Se lamió los labios y tembló una vez más cuando le pellizcó con los dientes la piel, notaba el sexo hinchado y húmedo, el insistente latido entre las piernas era difícil de ignorar; al igual que ese hombre.

—Agua caliente, burbujas, mi polla enterrada profundamente en ese dulce coñito —musitó al tiempo que le amasaba las nalgas y deslizaba los dedos entre ellas, acariciándole el sexo desde atrás—. Húmeda y

resbaladiza...

Apretó los dientes para no gemir, era mantequilla en sus manos, se deshacía de igual manera.

—Apetitosa —continuó susurrándole al oído convirtiéndole las entrañas en gelatina—. ¿Qué me dices, Iona? ¿Juegos de agua?

Tragó con dificultad, el corazón se le aceleró incluso más cuando los largos dedos empezaron a resbalar entre los húmedos pliegues. No llegó a penetrarla, pero la amenaza estaba allí y eso la hacía sentirse incluso más ansiosa.

—¿No somos un poco mayorcitos para esos juegos? —musitó alzándose sobre las puntas de los pies cuando la amenaza tomó un cariz más directo. Uno de los dedos tanteó la entrada oculta entre sus piernas.

Se rio, pudo sentir más que oír el sonido con la cálida boca pegada al cuello.

—Algunos juegos están destinados únicamente a los adultos, *caileagh* —aseguró con sorna—. Prepararé la bañera mientras tú... sigues mojándote un poco más.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Siempre con las más halagadoras palabras emergiendo de la boca —rezongó apartándose de él. Connor le dedicó un guiño y se movió por la habitación sin importarle un pimiento que estuviese totalmente desnudo.

—Quítate la bata —le sugirió sin girarse siquiera—. Te he usado como toalla, está empapada.

Entrecerró los ojos y contempló cada uno de los movimientos de ese fantástico cuerpo masculino moviéndose de un lado a otro. Se mordió la parte interior de la boca intentando distraerse y no gemir ante la visión de los duros glúteos y los testículos que se balanceaban sin pudor entre sus piernas. Tragó y se lamió los labios, la presencia de ese hombre era suficiente para que dejara de funcionarle el cerebro y entrara en colapso total. El sentido común había cogido vacaciones y ahora estaría bailando un tango con su conciencia.

Estaba perdida, maldito fuera él y su maldita estampa, estaba irremediabilmente perdida.

“*Disfruta del fin de semana y lárgate*”. La agujoneó su conciencia. “*Eso es lo que te pidió, ¿no? Un fin de semana*”.

Sí, o al menos eso era lo que le pidió al principio pero... no podía pasarse la vida huyendo, no de aquel hombre.

—Iona, puedo escuchar los engranajes de tu cerebro funcionando a toda pastilla —le dijo sobresaltándola—. Cierra el grifo a los pensamientos, quítate la bata y ven aquí.

Sus pies se movieron solos, acercándola a él y a la promesa de absoluta decadencia sexual que prometía la bañera de color arena. Deslizó las manos sobre la húmeda prenda y la deslizó por los hombros hasta que cayó al suelo. Los ojos de Connor pronto estuvieron sobre ella, la recorrió sin miramientos, disfrutando de lo que veía, relamiéndose al tiempo que los labios se le curvaban en una maliciosa sonrisa.

—¿Puedo hacer los honores? —La voz ronca y profunda que emergió de la garganta la hizo estremecer de placer. Ese hombre tenía una habilidad especial para convertirla en gelatina con solo una mirada o una palabra.

Abrió las manos y extendió los brazos hacia fuera en una muda invitación. Era hora de dejar de pensar y limitarse a disfrutar del momento, nada de lo que pudiese hacer ahora iba a hundirla más de lo que ya estaba en el espeso fango.

La recorrió con la mirada, su sonrisa se hizo más amplia al tiempo que las diestras manos se deslizaban por su cuerpo.

—Perfecta —murmuró para sí al tiempo que le moldeaba los pechos con las manos, acariciándole los pezones con el pulgar hasta arrancar de la cerrada garganta un suave gemido de placer—. Creo que nunca me cansaré de contemplar este par de maravillas.

Y para enfatizar las palabras, deslizó la lengua sobre ellos un par de veces antes de deslizar las manos y la boca por su cuerpo en dirección al tanga, el cual no opuso resistencia. Al fin estaba tan desnuda como él.

—Deliciosa —murmuró él contemplándola a placer—. Un verdadero manjar.

Tembló bajo su mirada, el placer la consumía aumentando la humedad y el insistente latido entre las piernas. Estaba excitada, los pezones se endurecieron instantáneamente con las atenciones recibidas, le picaba la piel allí dónde él posaba la mirada y no era más que un preludio a lo que sabía que podía hacerle su presencia.

—Tócate —las palabras le llegaron como en una lejana bruma—. Acaríciate para mí.

¿Podía ser una voz más demandante que aquella? ¿Podía alguien ejercer sobre ella un poder tan sensual? Nunca fue mujer de obedecer órdenes, no le gustaba plegarse a los mandatos de nadie pero con él era como si todo

pensamiento racional se le fugara del cerebro y terminase convertida en una muñeca que solo buscaba placer.

Se llevó las manos a los pechos, se los acarició con premeditada lentitud. Él no le quitó los ojos de encima, lo vio lamerse los labios, como el hambre le cubría las pupilas y luchaba por mantener las manos a ambos lados para no extenderse y acariciarla él mismo. Se sintió poderosa, absolutamente expuesta y excitada, pero muy poderosa. Continuó con las caricias, recreándose en la forma en que respondía él a ellas, se excitó y apretó los muslos cuando el deseo aumentó de rango. Con gesto sensual deslizó una de las manos por entre los senos, se estremeció ante la sensación y cosquillas que provocaban sus propios dedos en la piel, jugó durante unos breves momentos con los recortados rizos del pubis y continuó el descenso ante la enardecida necesidad que sentía entre las piernas.

—Suficiente. —La voz masculina salió en un brusco jadeo. Le vio lamerse los labios, pero su mirada no abandonó el lugar en el que reposaba la mano, sobre el monte de venus—. Ese es un placer que requiero para mí.

No hubo vacilación ni en las palabras ni en la forma en que les dio validez, ella no retrocedió, permaneció quieta mientras él se acercaba. El sonido del agua llenando la bañera a espaldas de ambos era la única banda sonora que daba tono al ambiente.

—¿Lo es? —lo retó. Ni siquiera supo porque lo hizo, pero necesitaba decir algo, poner la última palabra.

Le sonrió, los blancos dientes aparecieron como protagonistas principales de una divertida y sensual sonrisa. Extendió la mano y la acarició, un lánguido gesto que resbaló desde los labios, surcando sus pechos hasta hundirse en el interior de sus piernas sin previo aviso. La acarició con un dedo, empapándose en sus jugos para luego deshacer el camino que hiciera previamente e instarla a abrir la boca para probarse a sí misma.

—Sí, Iona, lo es —aseguró con voz ronca mientras le chupaba el dedo. Pudo ver como sus ojos se oscurecían y adquirían ese tono del añejo whisky escocés—. Un placer al que no quiero renunciar.

Dejó que la falange abandonara la húmeda boca y le permitió acariciarla una vez más. Las enormes y callosas manos le acariciaron los pechos, le pellizaron los pezones un segundo antes de atraerla hacia él y arrebatarle el aire con un febril beso. Le comió la boca, le devoró los labios y enlazó la

lengua en la suya hasta que tuvieron que separarse para poder recuperar el aire.

—Las manos sobre el borde de la bañera —la instruyó con voz profunda y sexy—, inclínate hacia delante y separa las piernas.

Jadeó al notar las manos sobre la cadera, no había esperado a ver si le obedecía o no, se limitó a guiarla hasta adquirir la posición designada. Aferró el borde de la bañera, gimió ante el calor que emanaba el agua y el cercano rugido de esta al caer en la bañera a medio llenar. Ni siquiera le dio tiempo a pensar o a prepararse para lo que él tenía en mente, la boca masculina la cubrió desde atrás y succionó con fuerza la húmeda y caliente carne. Le mantuvo las piernas separadas mientras la lavaba con la lengua, sus movimientos eran firmes, expertos, destinados a enloquecerla cada vez más y sin duda fue un trabajo que consiguió realizar a la perfección.

—Connor —siseó su nombre cuando sintió como la penetraba con la lengua. Temblaba por completo, era incapaz de estarse quieta, con cada nueva pasada de la lengua se acercaba más a él, buscando aquello que solo él había sabido despertar en ella—. Oh, dios...

La mantuvo abierta para él, los dedos pronto entraron en juego descubriendo la perla del clítoris y estimulándola hasta que la habitación se llenó con sonoros maullidos que era incapaz de contener. Sacudió la cabeza, los dedos se cerraron con más fuerza sobre la superficie de cerámica, le dolían los pechos, sentía los pezones duros y necesitados de atención pero no se atrevió a despegar las manos por temor a terminar de cabeza dentro del agua.

—Connor, por favor —gimió incapaz de soportar más aquella tortura—. Termina de una maldita vez...

Él se rio contra su sexo, sintió los espasmos y el aire caliente más que lo oyó.

—Siempre decidida a quitarme la diversión —lo oyó entonces—. Mandona e impaciente, vaya una joya con la que he terminado casado.

Estaba dispuesta a decirle una vez más que no estaban casados, pero la idea se esfumó en cuando él volvió a la labor que se había impuesto; volverla loca.

Entre súplicas y maldiciones la condujo al orgasmo. El cuerpo se le convirtió en gelatina y las piernas decidieron no seguir sosteniéndola por lo que terminó de rodillas en el suelo, abrazada al borde de la bañera y jadeando mientras el mundo daba vueltas a su alrededor.

El sonido del agua cortándose fue lo primero que oyó, se resistía a abrir un solo ojo para mirarle pero finalmente cedió y se lo encontró de pie ante ella, con las manos en las caderas y el duro e inhiesto pene alzándose orgulloso frente a su rostro.

Se lamió los labios, no pudo evitarlo, todo él era como un enorme helado que deseabas lamer una y otra vez; especialmente esa parte de la anatomía masculina que tanto placer le proporcionaba.

—Um... eres una cosita sexy y deliciosa —aseguró al tiempo que se lamía los labios húmedos de sus jugos.

Se lamió los labios una vez más y clavó la mirada en el palpitante pene, la saliva le inundó la boca ante el deseo de probarlo, de conducirlo en el interior de la mojada cavidad y succionarle hasta dejarlo seco.

—Tengo que decir que tú también lo eres —aseguró, aunque no estaba segura de sí su respuesta era para con él o la erección que la tenía hipnotizada.

Alzó la mirada hasta encontrarse con sus ojos, los labios se le curvaron ligeramente y bajó la mirada sobre sí mismo en una abierta invitación.

—Procura no dejarme eunuco —se burló.

Ahora fue su turno de sonreír, se apoyó en las manos y buscó una posición más cómoda para lo que estaba a punto de hacer.

—Um... no te prometo nada —musitó apenas un segundo antes de introducirse el duro miembro en la boca con un sonido de pecaminoso placer.

Lo succionó con avidez, lo rodeó con la lengua y se sintió lo bastante perversa para utilizar los dientes sobre la punta arrancándole un respingo. Le acunó los testículos y se dedicó a disfrutar del duro miembro que tenía a su merced, el sabor salobre y picante era como un afrodisíaco y la instaba a obtener más y más de él. No paró hasta tenerle jadeando y siseando por más, lo saboreó lentamente, imponiéndole su propio ritmo solo para mantenerle continuamente en el borde; algo que él mismo le había enseñado con sus maniobras.

—Dios, *caileagh*, sigue así.

Las palabras eran bruscas, su tono de voz profundo y desesperado, había llegado incluso a hundir ambas manos en su pelo y a juzgar por la tensión que le endurecía los músculos tenía que estar haciendo verdaderos esfuerzos por contenerse de no empujar en su boca. Lo tragó lentamente, mamándolo, saboreándolo como si fuese un apetitoso caramelo, a los

gruñidos masculinos se unían ahora sus propios gemidos de placer. El follárselo con la boca le resultaba excitante y muy erótico.

—Oh, señor... —jadeó de nuevo, tensándose incluso más, hinchándose en su boca listo para terminar—. Dios... joder... Iona...

Maliciosa y con ánimo de devolverle el favor, lo succionó con más fuerza, rodó la lengua sobre la punta y lo estimuló hasta que sintió los primeros chorros de semen deslizándose en la garganta. Se obligó a tragar deprisa, bebiéndoselo por entero, consumiéndole y aumentando el placer hasta dejarlo seco y jadeante.

Sí, le encantaba tener tal poder sobre él.

Jadeante, se retiró de su boca, retrocedió un par de pasos y la miró con un hambre tan absoluta que se sintió arder por dentro.

—Pequeña bruja —se las ingenió para murmurar con admiración.

Se lamió los labios y posó las manos sobre los muslos.

—Ya conoces el dicho, ojo por ojo... —le dijo con absoluto descaro.

Él sacudió la cabeza y sonrió, después de unos segundos caminó hacia ella y la instó a levantarse.

—Eres vengativa, *caileagh* —ronroneó él y la giró hacia la bañera—. Toda una caja de sorpresas...

El agua caliente le lamió la piel y le arrancó un suspiro, él se unió pronto a ella y la atrajo hacia su regazo, instalándolos a los dos en el jacuzzi.

—¿Demasiado caliente?

Negó con la cabeza y se dejó ir cuan larga era, el agua acariciándole los pechos y el sensible sexo estaba a punto de hacerla ronronear.

—Perfecta —suspiró cerrando los ojos.

Las manos masculinas le acunaron los senos, jugaron con los inhiestos pezones enardeciendo una vez más sus sentidos. Podía notar como el pene volvía a endurecerse bajo su trasero y no pudo evitar el impulso de frotarse de nuevo contra él.

—Estás en modo travieso, ¿eh? —murmuró en su oído al tiempo que le mordisqueaba la oreja—. Si sigues frotándote así, terminarás con mi polla enterrada entre las piernas.

Ahogó una sonrisa y restregó una vez más el trasero contra el pene.

—Bien —aseguró en un bajo ronroneo—. ¿No es para eso para lo que me has traído? ¿Para retozar durante todo el fin de semana?

Bufó, un sonido alto y claro.

—En parte... un 99% de mis intenciones están puestas en ello, sí —se

burló.

No pudo evitar sonreír ante sus palabras.

—¿Y el 1% restante?

Se encogió de hombros, le acarició la oreja con la nariz y pellizcó el tierno pezón entre los dedos.

—Obtener respuesta a la pregunta que te hice anoche antes de que el fin de semana termine —aseguró al tiempo que bajaba las manos a las caderas y la alzaba por encima de su cuerpo, obligándola a inclinarse hacia delante—. Pero por ahora, me conformo con tenerte de rodilla —la instruyó al tiempo que se movía con ella.

Ella gruñó.

—¿Quién es ahora el mandón?

Le mordió suavemente la parte posterior del cuello y le cubrió la espalda con el pecho.

—Todo se pega, *caileagh* —aseguró con sorna—. Todo se pega.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, él se empaló en ella desde atrás. Su polla la llenó por completo arrancándole la respiración durante unos segundos, obligándola a llevar las manos hacia delante y sujetarse del borde de la bañera para no terminar deslizándose dentro del agua.

—Sin duda tienes una forma única de dar órdenes —gimió cerrando los dedos sobre la superficie de cerámica.

Él la lamió tras la oreja antes de morderle de nuevo.

—Una de la que sin duda disfrutas —se justificó él.

Sin esperar respuesta, lo vio extender una de las manos por encima de ella y al instante varios chorros de agua impactaron en el agua y sobre su cuerpo creando un agradable cosquilleo.

—Los jacuzzi tienen sus posibilidades, ¿eh? —ronroneó él al tiempo que empujaba las caderas y la hacía moverse en el agua hasta que los chorros laterales le dieron de lleno en los pechos.

—¡Joder! —exclamó sin poder evitarlo.

Connor se echó a reír, afirmó las manos en las caderas y se retiró lentamente.

—Sí, pequeña, eso es sin duda lo que tengo intención de hacer ahora mismo —ronroneó—, y todo el fin de semana.

Y siempre fiel a su palabra, fue lo que hizo.

Durante los próximos dos días Iona no tuvo mucho tiempo para volver a pensar en nada que no fuese ese hombre, en los cuerpos de ambos desnudos

y en la forma en que estos encajaban como si hubiesen sido hechos para tal fin. Cualquier otra clase de pensamiento quedó ahogado bajo las atenciones, la ternura y la pasión que Connor exhibía con ella y a la que le habría gustado corresponder.

## CAPÍTULO 10

Connor no estaba seguro de qué le sorprendía más de todo aquello si es que en realidad le sorprendía algo. Echó un nuevo vistazo al solitario dormitorio, las cosas de Iona habían desaparecido al igual que ella misma y lo más gracioso de todo es que ni siquiera la había sentido dejar la cama.

Su esposa había huido. Otra vez.

Se pasó una mano por el alborotado pelo y volvió a mirar el papel arrugado que tenía entre las manos. Una larga misiva de la susodicha fugitiva, la cual debió escribir mientras dormía a juzgar por la premura en la letra manuscrita. En una carilla y media, la muchacha había dado respuesta a algunas de las preguntas por las que terminó pagando prenda en su juego de la noche del viernes.

*No se me da bien escribir cartas, como tampoco se me dan bien las despedidas. Tengo demasiado miedo a sentir lo que siento como para poder darte ahora una respuesta y arrepentirme después.*

*El viernes por la noche me preguntaste por que vine a los Estados Unidos, qué me impulsó a permanecer en este país y hacer de él mi hogar. Si no te contesté entonces fue porque no tenía una respuesta e incluso ahora siento que la que estoy a punto de ofrecer pudiera no ser la correcta, pero es la única que tengo.*

*Ya has conocido a mi madre, mi padre habrás visto que es todo lo contrario. Ella es una persona adorable, efusiva pero muy absorbente, mi infancia fue fantástica pero creo que demasiado protegida y cuando me concedieron una beca de intercambio y comprobé lo que era vivir sola, sin esa continua presión a mi alrededor, supe que aquí era dónde podía hacer mi vida; mi propia vida.*

*Cursé Decoración e Interiorismo en la universidad, en mi último año conocí a Josh; nos presentó una amiga en común. Empezamos a salir y antes de darme cuenta estábamos viviendo juntos. Hoy por hoy solo puedo suponer que él fue la excusa perfecta, el único motivo definitivo que podía esgrimir ante mi familia para hacer mi vida y no regresar al cobijo de una madre sobreprotectora y un poquito egocéntrica. ¿Es necesario que mencione el matrimonio arreglado?*

*Tengo que decir, que si bien a mi padre nunca le gustó demasiado la idea de que me quedase en Nueva York, aceptó mi decisión y con el tiempo también lo hizo mi madre; aunque ambos nunca estuvieron muy de acuerdo con mi elección de pareja y no puedo culparlos.*

*Me preguntaste así mismo, ¿por qué una tienda de decoración? Bueno, me considero una persona autosuficiente o al menos quiero creer que puedo serlo. Quería vivir mi vida sin tener que depender del dinero de otras personas, por otro lado, el estar con los brazos cruzados mientras espero a que llegue “el hombre” a casa tampoco es algo que me resulte atractivo.*

*¿Qué vi en Josh? Ojalá lo supiera. Fue curioso que me hicieras esa pregunta pues yo misma me lo pregunté cuando volví a verle tras mis accidentadas vacaciones. No puedo decir que no me haya tratado bien, siempre fue correcto conmigo, educado, pero también ha querido más a su trabajo que a mí. Ahora me doy cuenta que sin saberlo, a pesar de haber vivido con una persona, he estado sola y es algo en lo que tengo que pensar pues no quiero cometer los mismos errores.*

*Y entonces apareciste tú. Te emborrachaste conmigo. Follamos. Nos casamos. Resultaste ser el hombre con el que mi madre pensó que sería divertido comprometerme y cuando pienso que puedo dejar todas esas locuras que ocurrieron a raíz de una maldita botella de whisky, te plantas de nuevo en mi vida y me pides que tengamos una aventura.*

*¿Alguien te ha dicho alguna vez lo poco oportuno que eres, Connor Macleod?*

*Me has vuelto del revés. Toda mi bien pensada y planeada vida se ha ido a la mierda y no tengo la menor idea de cómo*

*solucionar todos los entuertos que has provocado en ella. Sé que me gusta estar contigo —y no solo en la cama, así que borra esa estúpida y petulante sonrisa de tus labios—, he disfrutado de nuestras conversaciones —¿o debería llamarlas batallas dialécticas?—, y sé que si te hubiese dicho ahora que sí, habría hecho la maleta y abandonado todo por lo que luché durante los últimos años y quizá, solo quizá, volvería a perderme a mí misma.*

*Dices que estamos casados durante un año y un día y yo sigo manteniendo que esa ceremonia dejó de ser legal en mil novecientos treinta y nueve, con todo, no deja de resultarme irónico y soy incapaz de dejar de ver cierto paralelismo entre nuestra unión y la leyenda sobre la que me hablaste en Dunvegan. Con todo, hay algo en esa leyenda que me inquieta y todavía no sé lo que es, tan pronto lo resuelva te lo haré saber.*

*Sé que esta es una salida cobarde, más o igual que las que ha hice a tu alrededor, pero sé que no podría decirte todo esto ahora a la cara y si lo hiciera encontrarías algún motivo para disuadirme y hacerme cambiar de opinión.*

*Me pediste un fin de semana y te lo di. Ahora soy yo la que te pide a ti tiempo para darte esa respuesta que buscas, si es que todavía quieres escucharla cuando nos volvamos a ver.*

*Tu huidiza esposa,  
**Iona Mackinnon***

Sacudió la cabeza una vez más y dejó el papel sobre la cama desecha. Empezaba a sentirse él mismo realmente bipolar, por un lado sentía una inexplicable necesidad de salir tras ella y zarandearla hasta meter algo de sentido común en esa pequeña cabecita, pero por el otro empezaba a sentirse un poco estúpido yendo tras una mujer que a la primera ocasión en que se daba la vuelta salía huyendo.

Le gustaba Iona, quizá incluso estuviese un poco enamorado... ¿A quién quería engañar? Estaba desesperado por esa mujer... por supuesto que se había enamorado de ella y hasta la médula y la emoción le era tan ajena que lo enloquecía. Pero no iba a salir de nuevo tras ella, ahora le tocaba a Iona mover ficha. Le había dejado claras sus intenciones cuando le pidió

una respuesta a su pregunta, si ella necesitaba tiempo, se lo daría, después de todo seguiría siendo su esposa hasta que se terminase el plazo que marcaba la unión de manos.

Sí, le daría todo el tiempo que su paciencia pudiese soportar, el cual no era mucho.

## CAPÍTULO 11

*Semanas después...*

La música del pub se escuchaba desde la calle. Iona sonrió a unos conocidos cuando los cruzó en la plaza, el tiempo a primeros de septiembre seguía siendo bastante agradable aunque a esas horas de la noche ya empezaba a hacer falta algo de abrigo. Cruzó al otro lado de la calle y penetró en el animado ambiente, el aroma a frituras y pescado le dio hambre, quizá pidiese una ración mientras esperaba como cada una de las noches anteriores si esta era la definitiva.

Había llegado a la isla una semana atrás, dos después de desaparecer una vez más de la vida de Connor. La primera parada había sido con sus padres, su madre la recibió con la misma exultante alegría de siempre, demasiado pronto empezó a hablar de su prometido y los planes de una próxima boda y la forma en que tuvo que ponerle freno las había sorprendido a ambas; no así a su padre, quien se había limitado a aplaudir para encerrarse luego con ella en el despacho y «aclarar ciertos puntos».

La conversación que mantuvo con su progenitor le había permitido ver las cosas con mayor claridad y ganar confianza sobre sus propias decisiones. Descubrió que el «chico Macleod» le había gustado bastante a su padre —ni que decir que su madre lo adoraba a juzgar por el sinfín de veces que escuchaba su nombre al día—, y que lo consideraba un hombre de palabra. Si bien hizo mención a la supuesta boda, estuvo de acuerdo con ella —en parte—, de que el ritual no tenía validez legal, sin embargo no se le escapó lo que esto significaba para unos padres que habían decidido utilizar aquellos esponsales después de una boda civil.

Sí, el tiempo en la isla le estaba ayudando también a encontrarse a sí misma, la tranquilidad de la que disfrutaba, el tiempo libre que tenía para pensar le permitió tomar por fin una decisión.

Echó un vistazo al local, la barra estaba como siempre ocupada

por un par de miembros del pueblo y algún que otro turista que apuraba los últimos tours del año para disfrutar del tiempo de Skye. Saludó con un gesto de la cabeza a la camarera con la que se cruzó de camino a uno de los taburetes vacíos que había frente a la barra.

—¿De nuevo por aquí, Mackinnon? —la saludó el barman como llevaba haciéndolo cada noche—. ¿Qué te sirvo?

Alzó la nariz y olfateó una vez más el aire con olor a fritura.

—Lo que sea que huele tan bien —pidió animada. Se quitó el bolso y lo dejó sobre el regazo para echar un nuevo vistazo alrededor del local—. Y un agua sin gas.

El hombre gritó la comanda hacia la cocina y se giró para servirle la consumición.

—¿Quieres alguna cosa más?

Sacudió la cabeza y se giró de nuevo de cara hacia la barra.

—Por ahora no —negó—. Ya te diré más tarde si puedes tentarme con un whisky.

—No le dejes la botella a mano —soltó alguien en gaélico hacia el fondo del local—. Su marido amenazó con hacernos perder las joyas a cualquiera si volvían a servirle ese brebaje sin estar él delante.

En cuanto localizó al autor de aquellas palabras puso los ojos en blanco. Los secretos no era algo que se pudiese mantener durante mucho tiempo en un pueblo tan pequeño, especialmente cuando los testigos de la boda habían sido dos de sus más charlatanes aldeanos.

—Lo tendré en cuenta, Angus —se rio el barman, entonces se inclinó hacia ella al tiempo que le dejaba el agua y un vaso reluciente—. No te preocupes, para primavera ya se habrán olvidado.

Ella hizo una mueca.

—Entonces es una suerte que todavía falte medio mes para que empiece el otoño —le respondió con absoluta ironía.

El hombre se encogió de hombros e hizo un gesto con la barbilla hacia el resto del local.

—El whisky se bebe mejor en compañía —le aseguró—. Si volvéis a necesitar una botella...

Parpadeó confundida al escucharle decir aquello, pero él no la estaba mirando a ella, sino que lo hacía a algún punto por encima de su cabeza.

—Por ahora tendrá que conformarse con el agua.

La voz resonó a su espalda con esa peculiar forma de arrastrar las erres.

Todo su cuerpo despertó a la vida como si hubiese estado aletargado mientras las manos se cerraban en torno al bolso, tenía miedo de girarse, de confundir su deseo de escucharle con su voz de verdad, pero no tuvo que esperar demasiado cuando él se sentó a su lado vestido —al igual que la primera vez que se vieron—, con el uniforme del trabajo.

—Vaya, el *kilt* sigue vivo —murmuró. Se pasó la lengua por el labio inferior y lo miró a los ojos.

Una perezosa sonrisa le curvaba los labios.

—Vaya, mi escocesa favorita bebiendo agua —contestó con diversión—. Hola esposa. Me han dicho que has estado frecuentando el único pub del pueblo durante toda la semana, pero prometeré no dejarle el trasero como un tomate si todo lo que has estado bebiendo es agua.

La velada amenaza la hizo saltar al instante. ¡Cómo se atrevía!

—Esta es mi isla y puedo hacer lo que me de la santísima real gana —le dijo encendiéndose cual cerilla—. Si quiero beber agua, beberé agua y si quiero emborracharme con whisky...

Él le cubrió los labios con un par de dedos.

—Esperarás hasta que yo esté presente para que ambos podamos disfrutar de los beneficios, esposa —recalcó la última palabra. Los dedos se deslizaron entonces de los labios a la mejilla—. Dime, Iona, ¿tienes ya una respuesta para mí?

Se lamió los labios sintiendo todavía el tacto de sus dedos en ellos, ahora que lo tenía delante todas las cosas que había planeado decirle durante todos las noches que lo estuvo esperando se esfumaron de su mente; Connor era capaz de hacerle el cerebro papilla.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, se le encendieron las mejillas al ver que boqueaba como un pez sin que surgiese ni una sola palabra.

Él sonrió, le retiró la mano de la cara y jugó con los dedos que aferraban con demasiada fuerza el bolso.

—Te lo pondré más fácil, amor —murmuró en un tono más íntimo—. ¿Vas a volver a escaparte? Si la respuesta es no, niega con la cabeza.

Ella lo hizo y él asintió satisfecho.

—Bueno, eso es sin duda un buen comienzo —aseguró acariciándole los dedos—. Ahora, dime, ¿tienes ya una respuesta para mí, Iona Macleod?

Suspiró, había cosas que no serían sencillas de cambiar con ese hombre y su tozudez era una de ellas.

—¿Cuántas veces te he dicho ya que nuestro matrimonio...?

Él volvió a silenciarla con un dedo y negó con la cabeza.

—Sí o no, ¿recuerdas? —le dijo—. Es todo lo que necesito ahora mismo.

Ella parpadeó y se apartó lentamente.

—¿Sí o no, Iona?

Bajó la mirada a las manos de ambas entrelazadas en su regazo. Él había conseguido que dejase de estrujar el bolso para hacerlo ahora con sus dedos.

—Sí —murmuró.

Uno de los dedos de la mano que tenía libre le alzó la barbilla de modo que lo mirase a él.

—Repítelo —pidió—. ¿Te quedarás conmigo?

Respiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Sí —repitió con voz suave—. Sí a ambas preguntas.

Él frunció el ceño confundido durante unos instantes, entonces pareció sorprendido.

—¿Aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Si no he venido antes es porque tenía que dejar las cosas listas, Connor —comentó como al descuido—. Vender la tienda, arreglar todo el papeleo, buscar alojamiento en Edimburgo...

Él negó con la cabeza.

—Nada de alojamiento —la interrumpió y se señaló a sí mismo—. Follas conmigo, vives conmigo.

Las carcajadas que se escucharon en el local dejaron claro que aquella declaración había sido pronunciada lo suficiente alto como para que fuese escuchada.

—Gracias, escocés —replicó, pero era incapaz de no reír también—. Después de esto, vas a tener que casarte conmigo o no podré poner nunca más un pie en esta isla.

Se llevó su mano a la boca y la besó.

—Pensé que ya estábamos casados, amor.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, escocés, lo que tú digas —prefirió no decir nada más al respecto.

Él se echó a reír y le ahuecó ahora el rostro con las manos.

—Solo una cosa más, *caileagh* —pidió mirándola a los ojos—. Dime que me quieres.

El sonrojo que ya le cubría las mejillas aumentó.

—Porque yo estoy loco por ti, Iona Macleod Mackinnon —aseguró atrayéndola hacia su boca—. Te quiero, *mo gradh*.

—*Tha gradh agam dhuibh*, Connor Macleod —le respondió en gaélico para luego decírselo en inglés—. Te quiero, Connor.

Él no le dejó decir nada más, en medio de silbidos y aplausos la arrancó del asiento y la besó sin importarle nadie o nada más que ella.

—Por fin —murmuró nada más romper el beso—. Pensé que tendría que arrancártelo a besos.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Dejaré que lo intentes... después —prometió apretándose contra él, haciéndose hueco entre sus piernas.

Él asintió y le acarició el rostro.

—Por cierto —llamó su atención una vez más—. Me dejaste intrigado con una de las cosas que dejaste en esa maldita carta.

Ella arqueó una ceja ante la forma en que pronunció las palabras.

—Habría preferido que me dijese todo eso a la cara, Io —aseguró con su habitual franqueza.

Ella asintió.

—Ahora dime, ¿has resuelto el enigma de la leyenda de Dunvegan?

Dejó escapar el aire al escuchar cuál era el motivo de su intriga.

—Cuando me narraste esa leyenda, había algo que no acababa de comprender, algo que... creo que pudo suceder de otra forma si ambos se hubiesen empeñado.

Su ceño se hizo más profundo.

—¿El qué, *mo caileagh*?

Se lamió los labios y procedió a hacerle partícipe de sus pensamientos.

—La princesa de las hadas fue una tonta —aseguró con firmeza.

El gesto de risa contenida en su rostro era un poema.

—¿Y eso por qué?

Le posó la mano sobre el corazón y sintió como este latía con fuerza bajo la palma.

—Porque si hubiese amado tanto al laird Macleod, habría hecho hasta lo imposible por volver con su marido y su hijo, incluso si eso incluía desafiar a su propio pueblo —comentó con un levísimo encogimiento de hombros—. Quizá si ella hubiese luchado... si no se hubiese marchado en primer lugar... él no habría tenido que pasar el resto de su vida solo.

Él sonrió ante las palabras que brotaron de su boca, le cogió la barbilla y la obligó a encontrar su mirada.

—Bueno, mi pequeña hada, ahora estás aquí, todavía casada conmigo y soy yo el que no va a dejarte marchar —le aseguró inclinándose sobre ella—. Te quiero, Iona. Con botella y media de whisky encima o totalmente sobria, te quiero y vas a tener que oírmelo decir muchas veces de aquí hasta que termine el periodo de esponsales y renovemos nuestros votos y frente a testigos y un maldito juez de paz al que no puedas poner en duda.

No pudo evitar poner los ojos en blanco, pero terminó asintiendo entre risas.

—Bienvenida de nuevo a casa, esposa. —Una vez más enlazó los dedos a los suyos y se los llevó a los labios para finalmente envolverla con los brazos.

Ella se estremeció de placer y se acomodó contra su pecho.

—Me alegra estar de vuelta, laird Macleod —suspiró. Entonces se incorporó de nuevo para mirarle—. Solo, procura no perderme de vista tengo una maldita tendencia a salir corriendo.

Ahora fue su turno de reír.

—No te preocupes *mo gradh* —la abrazó apretándola contra él—. Te perseguiría hasta el fin del mundo, después de todo eres mi última tentación.

# Table of Contents

[COPYRIGHT](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)